LUCHADORES DEL ESPACIO

EXILADOS de la TIERRA



POR GEORGE H. WHITE

El hombre de la Tierra, obligado a emigrar de su planeta en busca de una nueva patria llega, por fin, a un mundo habitado de la galaxia Thorbod.

Allí un terrible interrogante se abre ante los exiliados, ansiosos de sentir bajo sus plantas la costra firme de un planeta.

¿Quién o quiénes habitan aquel mundo?

George H. White, escribiendo épicamente una anticipación del futuro de la Humanidad, nos conduce, de nuevo, al antiguo escenario de inolvidables aventuras.



George H. White

Exilados de la Tierra

La saga de los Aznar - 27

ePub r1.0
Titivillus 16.07.15

Título original: *Exilados de la Tierra*
George H. White, 1975

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



EXILADOS DE LA TIERRA

George H. White

LUCHADORES DEL ESPACIO



CAPÍTULO PRIMERO

DESDE cincuenta millones de kilómetros, los grandes telescopios de los autoplanetas terrícolas permanecían fijos en el planeta Thorbod.

El primero y más intranquilizador de los enigmas estaba resuelto. Aquel planeta, que don Miguel Ángel Aznar creía reconocer como el mismo donde él habitó durante dos años en su primera visita al sistema solar de la Bestia Gris, poseía una atmósfera compuesta principalmente de oxígeno.

El análisis espectroscópico realizado por los astrónomos terrícolas señalaba también la presencia de clorofila, aquella materia maravillosa mediante la cual formaban las plantas su cuerpo vegetal.

Midiendo con aparatos muy sensibles la proporción de vapor de agua y la temperatura del planeta, los astrónomos habían llegado a la firme convicción de que aquel mundo era perfectamente

habitable para el hijo de la Tierra.

Más aún; aquel planeta estaba habitado por criaturas que no debían diferir mucho en aspecto ni en naturaleza de la misma criatura terrestre.

Las cámaras fotográficas aplicadas a los gigantescos telescopios electrónicos, habían proporcionado clisés en donde, después de haber sido ampliados, se apreciaban pequeñas manchas borrosas que los expertos en interpretar esta clase de fotografías aseguraban eran ciudades muy grandes.

¿Ciudades habitadas?

La lógica más elemental así parecía indicarlo. Difícilmente se concebía un mundo en donde la vida era perfectamente posible y que tuviera grandes ciudades completamente desiertas.

¿Pero habitadas por quién?

He aquí el segundo de los enigmas que faltaba desentrañar.

Los autoplanetas "Santa Fe", "Ascrea" y "Orión" acababan de realizar un viaje de 60 años a través del espacio desde la Tierra a los planetas thorbod. El propósito de sus 12 millones de tripulantes era establecerse en los planetas de la Bestia Gris —los cuales se suponían deshabitados— para fundar en ellos una segunda patria.

La primera sorpresa de los terrícolas fue comprobar que sólo uno de los planetas thorbod reunía las condiciones indispensables para que la vida pudiera prosperar en él.

—Sin embargo —aseguró don Miguel Ángel Aznar— había por lo menos cinco planetas que tenían una atmósfera rica en oxígeno y eran perfectamente habitables la última vez que estuve aquí.

Lo cual, no pudiendo dudarse de la palabra del señor Aznar, parecía indicar que algo que ocurrió en el lapso de tiempo transcurrido desde su última visita había afectado a los cuatro planetas restantes transformándolos en mundos desiertos e inhóspitos.

—Probablemente —dijo don José Luis Balmer— los nahumitas cumplieron su promesa de atacar a la Bestia en sus propios planetas. Y para aniquilarla, debieron torpedear estos planetas con "bombas Doble Uve" volatilizando completamente sus atmósferas.

Pero esta suposición, que parecía bastante acertada, no arrojaba ninguna luz sobre la identidad de los actuales habitantes del planeta thorbod.

El joven almirante Aznar, hijo de don Miguel Ángel, apuntó:

—Si los nahumitas vinieron y aniquilaron a la Bestia Gris, probablemente dejarían aquí un destacamento de sus fuerzas para asegurarse que el thorbod no reaparecería en el único planeta que quedaba en condiciones de ser habitado. Los actuales habitantes de este planeta podrían ser los descendientes de aquel destacamento, el cual se habría multiplicado enormemente en los cuatro mil años transcurridos desde que mi padre estuvo aquí por última vez.

Opinión que podía aceptarse sin más que hacer una pequeña observación.

Parecía imposible que los nahumitas fueran descuidados hasta el extremo de no tener siquiera una pequeña fuerza sideral patrullando el espacio contiguo a su planeta.

Los nahumitas, sin embargo, habían dado en el pasado algunas muestras de ser excesivamente confiados y despreocupados en lo que a la seguridad de sus planetas se refería. Y como la Bestia Gris jamás hubiera cometido un error de tanto peso, los terrícolas dieron por seguro que eran nahumitas, no los thorbod, quienes habitaban en el planeta objeto de sus pesquisas.

—De todas formas no podemos correr el riesgo de equivocarnos —observó don Miguel Ángel Aznar—. Yo creo que antes de acercarnos demasiado con nuestros autoplanetas debiéramos mandar exploradores que establecieran sin lugar a dudas la raza de esa gente.

—Yo mismo iré si ustedes me lo permiten —dijo Miguel Ángel.

Y como nadie que tuviera mayores derechos reclamó para sí una misión que no estaba exenta de riesgo, se delegó en el joven almirante la misión de llegar hasta el planeta thorbod y determinar personalmente la identidad de sus habitantes.

Los jefes de la expedición, por lo demás, sabían que confiaban la tarea en buenas manos. Aunque era "joven", Miguel Ángel contaba a la sazón 80 años de edad. No era pues un chiquillo alocado e inexperto. Todo lo contrario; Miguel Ángel era de todos los presentes, a excepción de su propio padre, aquel que contaba con mayor experiencia en esta clase de misiones personales y arriesgadas.

En Miguel Ángel se juntaban la prudencia de sus años y sus experiencias anteriores con el entusiasmo y vigor de la juventud.

Porque entre esta Humanidad supercivilizada, cuyo período normal de vida oscilaba entre los 200 y los 300 años, un hombre que tuviera 80 años no sólo se consideraba joven; lo era en realidad.

Miguel Ángel Aznar, a los 80 años, era el mismo muchacho rubio, esbelto, de pupilas azules a la vez maliciosas y candorosas de 60 años atrás. Ningún signo exterior acusaba su verdadera edad. Y él no era el único de entre los doce millones de exilados que podía presumir de un cutis terso y una activa vitalidad después de haber vivido 80 años.

Otros hombres y mujeres que contaban entre ciento y ciento cincuenta años de edad, se encontraban en las mismas condiciones de lo que pudiera llamarse "juventud estacionaria", a pesar de doblarle en años. El mismo don Miguel Ángel Aznar, con ser dos veces centenario, sólo acusaba con algunas canas y arrugas el deterioro inevitable de sus largos años de vida.

Y todo era posible gracias a un régimen alimenticio escrupulosamente científico y la acción vitalizadora de ciertas hormonas sintéticas incluidas en los alimentos.

A los 80 años, el almirante Miguel Ángel Aznar era capaz de hacer positivamente todo lo que hiciera un muchacho de 20, estando en condiciones de sentir su mismo entusiasmo por todo cuanto significara riesgo y aventura, y mucho más maduro para gozarlo en toda su intensidad.

Así que, aun a riesgo de llevarse una tremenda desilusión, Miguel Ángel hizo los preparativos para realizar aquella misión con el mismo entusiasmo que hubiera empleado al encaminarse hacia un mundo misterioso y desconocido.

Lo primero que hizo, fue escoger un compañero para que tripulara con él la pequeña aeronave que había decidido utilizar con preferencia a un crucero sideral, por considerar que un buque sería tanto más fácil de ser descubierto cuanto mayor fuera su tamaño.

La designación recayó sobre Abel Wantrous, capitán de navío que unía a su larga experiencia como piloto sideral, el sereno juicio de sus 65 años y cierto amargo poso producido por una ambición de llegar a vicealmirante, que no tuvo ocasión de realizar.

Miguel Ángel hizo llamar al capitán y le dijo:

—Wantrous, prepárese usted porque vamos a salir de jira

campestre. Propiamente se trata de ir hasta ese planeta que parece habitado y averiguar qué gentes habitan en él.

—¡Dios mío! ¿Lo dice en serio? —exclamó Wantrous. Y luego que Miguel Ángel afirmó, añadió—: ¡Ya tenía ganas de respirar aire puro! Pero dígame, Almirante. ¿Es seguro que en ese planeta que vamos a explorar, hay árboles y plantas?

—¡Oh, seguro! —exclamó Miguel Ángel riendo—. Y también bosques, ríos, montañas, océanos y un cielo azul surcado de hermosas nubes.

—No puedo creerlo… no puedo creerlo —murmuró Wantrous. Y exclamó vehementemente—: ¡Sesenta años encerrado entre los férreos pisos, las paredes y los techos de esta maloliente caja de metal! ¿Sabe lo que voy a hacer en cuanto pise tierra firme, Almirante? ¡Comérmela a puñados!

Expresión esta, que sintetizaba el más ferviente deseo de los doce millones de almas que tripulaban los autoplanetas.

Un par de horas más tarde, el joven almirante Aznar y el capitán Wantrous, se embutían en sus armaduras de “diamantina”.

Estas armaduras, de un cristal azul tan duro como el diamante, venían a ser como el equipo obligado de todos aquellos que, al embarcarse en una aeronave sideral, temían ser objeto de algún ataque, o de los que por circunstancias especiales, habían de participar en misiones que entrañaran un riesgo personal, cual era el caso de los astronautas de la Armada Sideral y de las Fuerzas de Comandos.

Las armaduras, auténticas corazas impenetrables a las balas, constituían un caparazón hermético lo mismo contra los agentes exteriores que contra la carencia total de aire. En ellas iba contenida una buena provisión de oxígeno, estando equipadas también con calefacción interior y aparato emisor-receptor de radio.

Añadiéndole un “back”, estas armaduras se convertían en el sueño dorado de toda fuerza de comandos.

El “back” era como una mochila de un material llamado “dedona”, que tenía la propiedad de crear un enérgico campo magnético al ser inducido eléctricamente. La fuerza de gravedad terrestre quedaba anulada y un pequeño impulso ascensional bastaba para elevar como una pluma al hombre que iba equipado con este aparato.

No se necesitaba más que otro impulso ligeramente mayor para arrastrar al hombre-pájaro en sentido horizontal.

Los “back” que Miguel Ángel y el capitán Wantrous adosaron a la espalda de sus armaduras, eran del último modelo especial, propulsados por un rayo de “luz sólida”.

También era de nuevo modelo la pequeña aeronave que se proponían utilizar. Ésta no medía más de seis metros de longitud por tres metros y medio de envergadura. Tenía la curiosa forma de una herradura y se la conocía con el nombre de “Omega”, por su gran parecido con esta letra del antiguo alfabeto griego.

La “herradura” formaba a modo de un ala estrecha y gruesa alrededor de un cuerpo central que era la cabina; ovalada por arriba y casi completamente plana por debajo.

A la cabina se llegaba por una pequeña escotilla situada en la parte posterior, entre los dos extremos de la herradura donde estaban las toberas. Por esta escotilla entraron los dos astronautas, ya completamente equipados con sus armaduras y escafandras, así como de sus respectivos “backs”.

También llevaban una cámara cinematográfica.

Y pistolas, por lo que pudiera pasar.

Los dos hombres ocuparon sus respectivos asientos haciéndolo el capitán Wantrous ante los mandos. El aparato se elevó un metro sobre el suelo. Dos rayos de luz amarilla y brillante salieron de sus toberas y el “Omega”, empujado hacia adelante por reacción entró lentamente en la esclusa estanca.

Una sólida compuerta se cerró a espaldas de los astronautas.

—Bueno, Wantrous —murmuró Miguel Ángel—. Empieza la aventura.

Otra compuerta se abrió en el extremo opuesto del largo y enorme tubo. El aire que estaba contenido a presión dentro de la esclusa lanzó al “Omega” al espacio como un torpedo.

Los dos hombres se vieron de súbito en el negro vacío interestelar, alejándose lentamente del férreo costado del autoplaneta. A su alrededor brillaban a la vez el sol y todas las estrellas.

Era la primera vez que salían al espacio después de 60 años y ambos sintieron una profunda y maravillosa sensación de libertad.

Podían volar en cualquier dirección a través del

inconmensurable vacío interestelar y lanzar su mirada hasta las incognoscibles profundidades del Universo misterioso, solemne y eterno. Pero en realidad sólo deseaban alcanzar aquel diminuto punto del espacio que era el planeta, y hacia él enderezaron el rumbo.

El capitán Wantrous movió la palanca aceleradora. Dos chorros de "luz sólida" salieron de las toberas de popa que remataban los extremos de la "herradura" e impulsaron la máquina hacia delante.

Se experimentó a bordo el fuerte tirón de las fuerzas gravitatorias que oprimían las espaldas de los tripulantes contra el respaldo de los asientos.

El "Omega" emprendía la travesía del espacio hasta el lejano planeta aumentando su velocidad en diez metros por segundo, equivalente a un "G" o fuerza de gravedad, que era exactamente de 9'81 metros.

Al cabo de una hora llevaba un impulso de treinta y seis mil metros por segundo; o sea, una velocidad de ciento veintinueve mil seiscientos kilómetros por hora.

Y seguía acelerando, segundo tras segundo.

Cuatro horas más tarde volaba a razón de seiscientos cuarenta y ocho mil kilómetros por hora.

A las diez horas de haber abandonado su base del autoplaneta, el "Omega" tripulado por Miguel Ángel y el capitán Wantrous, surcaba el espacio como un meteoro con una velocidad de un millón doscientos noventa y seis mil kilómetros por hora, habiendo recorrido hasta entonces seis millones cuatrocientos ochenta mil kilómetros.

Después de veinte horas de vuelo la velocidad del aparato era del orden de dos millones quinientos noventa y dos mil kilómetros por hora y llevaba recorridos veinticinco millones setecientos veinte mil kilómetros, encontrándose por lo tanto a mitad camino entre su punto de partida y el planeta thorbod.

En este punto había de comenzar la operación de frenado, so pena de irrumpir en la atmósfera del planeta como un bólido y que el aparato entero se volatilizara al violento frote con el aire.

El capitán Wantrous empujó a cero la palanca aceleradora y "encendió" los proyectores de "luz sólida" de proa.

Al comenzar el frenado los tripulantes experimentaron un suave

y enérgico empuje hacia adelante. Miguel Ángel Aznar, que se había quedado dormido en su sillón extensible, despertó en este momento mirando a su alrededor con alarma.

—¿Qué ocurre?

—Nada, almirante. Hemos recorrido veinticinco millones de kilómetros y nos encontramos a mitad camino. Empezamos a frenar.

Miguel Ángel miró a través de los transparentes de la cabina hacia el planeta thorbod que brillaba en las negras profundidades del espacio con el diámetro de una naranja. Luego examinó la pantalla del radar.

—¿Ningún aparato avistado?

—Claro que no, señor. Ninguno. De lo contrario le hubiera avisado.

—¡Qué cosa tan extraña! —murmuró Miguel Ángel. Y después de hacer algunos nuevos comentarios sobre lo extraordinario que resultaba no encontrarse con ninguna patrulla de vigilancia añadió—: Déme a mí los mandos y recuéstese usted un rato, Wantrous. Estará cansado.

El capitán cambió de asiento con el almirante y se recostó para echar un sueño de cuatro horas.

Comieron, bebieron, charlaron y hasta jugaron un par de partidas de ajedrez sobre un diminuto tablero. El piloto automático mantenía el aparato en su rumbo.

No avistaron un sólo aparato de vigilancia en todo el viaje. Las últimas horas parecieron hacerse más largas, porque la velocidad del “Omega” era menor segundo tras segundo; precisamente más reducida cuanto más se aproximaba al planeta thorbod.

Del planeta eran ya perfectamente visibles los contornos de los continentes. El momento de mayor emoción fue aquel en que la aeronave descendió sobre el hemisferio del planeta iluminado por el sol.

Los tripulantes habían vuelto a ponerse las escafandras y Miguel Ángel empuñaba la cámara cinematográfica dispuesto a filmar cualquier cosa que apareciera ante sus emocionados ojos.

A cien kilómetros de altura sobre la superficie del planeta el capitán Wantrous enderezó la proa del aparato y apuntó oportunamente:

—¿Por qué no probamos de nuevo con el aparato de radio?

Quizá tengamos más suerte ahora que estamos prácticamente dentro de la atmósfera del planeta.

El aparato de radio, en realidad, seguía encendido y mudo. Todos los esfuerzos anteriores por captar alguna llamada habían resultado infructuosos. Pero Miguel Ángel probó de nuevo con todas las ondas conocidas.

Al cabo de un rato de estar moviendo el dial surgió del tornavoz el característico pitido de una estación de T.S.H. transmitiendo en algo que parecía alfabeto Morse.

—¡Hola! —exclamó Miguel Ángel requiriendo papel y lápiz.

Y comenzó a trazar rápidamente una línea de letras sobre el papel.

Escribió dos líneas más y se detuvo con el ceño fruncido. Los caracteres por él escritos carecían de significado. Las letras formaban grupos caprichosos pero no correspondían a idioma alguno de los conocidos por el joven almirante.

Y Miguel Ángel hablaba y escribía correctamente el español, el inglés, el nahumita y el intrincado idioma thorbod.

—Quizá estén transmitiendo en clave —apuntó Wantrous.

—Bueno, no importa. Al menos sabemos una cosa. Los habitantes de este planeta conocen la telegrafía sin hilos. Siga descendiendo.

El “Omega” había estado descendiendo todo el rato y se encontraba en estos momentos a sesenta mil metros de altura. Siguió descendiendo. La resistencia del aire era cada vez mayor y la velocidad del aparato apenas si llegaba a los mil kilómetros por hora.

Un extenso campo de nubes ocultaba la faz de la tierra. A veinte mil metros aproximadamente las nubes se desgarraron y los astronautas vieron bajo sus pies una inmensa mancha parda; la tierra.

—¡Descienda, descienda! —apremió Miguel Ángel lleno de ansiedad.

Wantrous, cuyo rostro aparecía rojo de excitación tras el frente de cristal de la escafandra, empujó una palanca.

El aparato descendió vertiginosamente. La tierra subía rápidamente al encuentro de los viajeros. Surgía el relieve de las montanas, las hondonadas los ríos y los bosques.

Miguel Ángel dejó que rodara el fino hilo de acero que dentro de la cámara cinematográfica se iba impresionando de las imágenes que desfilaban ante el objetivo.

Mientras tanto la aeronave seguía descendiendo y avanzando. A tres mil metros de altura rebasó una cordillera de montañas y sobrevoló un ancho valle cuyas suaves laderas estaban cubiertas de espeso bosque.

Un río se deslizaba por el fondo de la hondonada. El bosque se interrumpía cediendo paso a campos de cultivo. Allí vieron las primeras casas. Al parecer se trataba de granjas.

—¡Ahí hay gente! —exclamó Miguel Ángel—. Pero están demasiado lejos… no puedo verles con claridad. Descienda más, Wantrous.

Wantrous aquilató con mirada experta la distancia que mediaba entre el aparato y las montañas que cerraban el valle por el lado opuesto. De pronto vio algo que hizo dilatar sus pupilas de asombro.

—Mire allá, almirante. ¡Una vía férrea!

Miguel Ángel, que estaba filmando por el lado de estribor a las granjas que quedaban atrás, se enderezó con la cámara apercibida. Detrás del cristal de la escafandra sus ojos relampagueaban.

—¡Vire a babor, Wantrous! ¡Vamos a seguir esa vía!

El “Omega” viró bruscamente. El “derrape” le llevó justamente encima de la vía férrea, que estaba al otro lado del río y un poco alta. Se trataba de un ferrocarril clásico de dos carriles sobre traviesas, y no faltaba incluso su línea telegráfica tendida de poste a poste sobre aisladores de cristal.

—¡Qué cosa más absurda! —murmuró Wantrous haciendo descender la máquina a unos quinientos metros de altura sobre la vía. Y luego señaló una columna de humo que parecía venir rápidamente a su encuentro.

El “Omega” volaba valle abajo a casi mil kilómetros por hora. Así que fue cuestión de breves minutos divisar la máquina que venía por la vía férrea lanzando torrentes de humo tirando de una fila de vagones que eran auténticas piezas de museo.

Los vagones, sin embargo, no eran tan interesantes como la misma locomotora que tiraba de ellos. Era una antiquísima y auténtica máquina de vapor.

La aeronave y el tren se cruzaron como un relámpago, pero los astronautas tuvieron tiempo de fijarse en los detalles más esenciales.

—¡Madre mía! —exclamó Wantrous pegando un brinco—. ¡Esa máquina tiene más años que Matusalén!

—¡Dé la vuelta y eche detrás! —gritó Miguel Ángel en el paroxismo de su entusiasmo—. Vamos a sacar unos metros de película.

—¿Estarán celebrando un festival con desfile de vehículos antediluvianos? —preguntó el capitán mientras hacía virar bruscamente el “Omega”.

La violencia del viraje impidió hablar a Miguel Ángel. Pero cuando cesó la fuerza “G” y el aparato volaba ya en persecución del tren dijo:

—O mucho me equivoco o estamos frente a algo todavía más increíble. Wantrous, ese tren podrá ser una antigualla para nosotros, pero para los habitantes de este planeta, es seguramente el más moderno medio de locomoción.

—¡No diga tonterías, eso es imposible! —exclamó Wantrous en flagrante desconsideración al rango de su compañero. Y sin darse cuenta de ello, porque estaba muy excitado, señaló al tren que avanzaba a paso de tortuga frente a ellos—: ¡Mírelo, ahí va! Y lleva detrás…

Lo que el arcaico tren llevaba atrás era un furgón blindado con un cañón antiaéreo y un par de ametralladoras.

Una nubecilla de humo salió de la boca del cañón y el pequeño aparato en forma de herradura dio un brusco salto al encajar de lleno en la proa la granada antiaérea.

CAPÍTULO II

LA sacudida fue brutal, como si el “Omega” hubiera chocado contra la esquina de un muro de cemento.

El aparato, retenido por la granada que había estallado a babor, se desvió hacia la izquierda lanzándose hacia las altas cumbres de las montañas que cerraban el valle por aquel lado.

Abel Wantrous tuvo el tiempo muy justo para tirar de la palanca y hacer que la aeronave se elevara bruscamente para pasar rozando un rojo y amenazador picacho rocalloso. Esta subida brusca aplastó literalmente a los astronautas contra sus asientos, dejándoles sin aliento hasta que Wantrous echó de nuevo la palanca hacia adelante.

Entonces pudieron ver a través del transparente parabrisas los desperfectos que la granada había causado en la tobera anterior izquierda.

Por puro y desdichado azar, la granada se había introducido en la tobera haciendo explosión dentro y abriendo la abertura de tal manera que las planchas de metal parecían la piel de un plátano mondado a medias.

Abel Wantrous masculló una maldición.

—¿Es grave? —preguntó Miguel Ángel.

Wantrous hizo algunas comprobaciones antes de contestar:

—Esos proyectores no funcionan. Sólo podemos virar a babor con la tobera de estribor.

Lo cual, sin afectar la capacidad de la aeronave para regresar a su base del autoplaneta, mermaba considerablemente su agilidad de maniobra.

—Hemos de ver si podemos arreglarlo —dijo Miguel Ángel.

Sobrevolaban una alta meseta semidesértica, en la cual pastaban algunos rebaños de unos animales astados de gran corpulencia parecidos a búfalos. Wantrous aterrizó en un paraje rocoso, próximo

a una charca de aguas verdosas.

—Espero que no tengamos una visita desagradable mientras estamos aquí —dijo el capitán.

—Si se refiere a los búfalos, parecen bastante pacíficos —apuntó Miguel Ángel siguiéndole a tierra.

Pero Wantrous no se refería a los búfalos, sino a la posibilidad de ser atacados desde el aire con bombas atómicas o proyectiles dirigidos.

Miguel Ángel le tranquilizó:

—Estos campos cultivados que hemos visto, el tren, los postes del telégrafo y el mismo cañón que ha disparado contra nosotros; todo evidencia que nos encontramos en un mundo parecido a como era la Tierra a mediados del siglo XX.

—Bueno —contestó Wantrous encaminándose hacia la proa de la aeronave—. En nuestro viejo mundo del siglo XX, también había aviones de chorro, proyectiles, y bombas atómicas. La granada que nos fastidió fue disparada por un cañón antiaéreo, recuérdelo.

—Lo recuerdo —contestó Miguel Ángel—. Pero usted olvida algo, capitán. ¿No se da cuenta que pisa tierra firme?

—¡Cielos, lo había olvidado! —exclamó Wantrous.

Y silenciosos, embargados por la emoción, contemplaron durante un largo rato el desierto, el cielo azul y las nubes que se deslizaban majestuosamente sobre sus cabezas. La meseta en realidad era árida y polvorienta. Pero a ellos, que llevaban tantos años sin ver rocas, arbustos ni cielo, les pareció el paisaje más hermoso del mundo.

Se quitaron las escafandras con la misma religiosa solemnidad que se descubrirían ante el propio Dios materializado en la Tierra, en los arbustos que mecía el viento y en las altas montañas que cerraban el horizonte. Y allí, de pie bajo los ardorosos rayos del sol, siguieron admirando en silencio todo cuanto les rodeaba.

Lentamente, la aplastante quietud de la meseta fue rota por un lejano tremor.

Era un ruido muy desagradable, como jamás lo habían escuchado los terrícolas.

Los búfalos que pastaban en las inmediaciones levantaron sus testas cornudas hacia el cielo y dieron muestras de intranquilidad. Los dos hombres también miraron al cielo, haciendo pantalla con

una mano sobre los ojos.

El sol arrancó cegadores chisporroteos de tres máquinas aladas que descendían armando un estrépito aterrador.

—¡Aeroplanos! —exclamó el capitán Wantrous.

Y aquellos hombres que acababan de realizar un viaje a través del Cosmos desde un lejano planeta llamado La Tierra, se quedaron mirando boquiabiertos aquellos toscos ejemplares de máquinas con las cuales aprendieron a volar por primera vez sus más remotos antepasados.

—Vienen hacia aquí —advirtió Miguel Ángel—. Pongámonos las escafandras.

Los tres aeroplanos, bajando en picado con formidable estruendo, rompieron a disparar con sus ametralladoras cuando los dos astronautas acababan de encasquetarse sus sólidas escafandras de “diamantina”.

Las balas chirriaron a su alrededor y levantaron pequeñas nubecillas de polvo sobre la roca. Una granada estalló a los mismos pies de Miguel Ángel Aznar. La fuerza de la explosión le tiró de espaldas a tres metros de distancia.

Desde el suelo, donde quedó boca arriba aturdido por la violencia del golpe, Miguel Ángel vio cómo los tres aviones descendían disparando con ametralladoras y cañones de pequeño calibre.

De pronto, los aeroplanos se enderezaron. De la parte inferior de sus alas se desprendieron algunos objetos que bajaron silbando, brillando al sol y dando grotescas volteretas.

Eran bombas, naturalmente.

Miguel Ángel Aznar cerró los ojos. Sabía que su armadura era impenetrable a las balas, pero no resistiría a una bomba que cayera precisamente encima de él.

Los aviones pasaron tronando sobre el “Omega”. Las bombas, que debían estar cargadas con un explosivo muy potente, cayeron aquí y allá estallando con infernal estruendo. La fuerza de una explosión próxima lanzó a Miguel Ángel a una buena distancia resbalando sobre el piso de roca.

El estruendo del bombardeo cesó de repente y el joven almirante de la Armada Sideral Terrícola se puso en pie mirando a los aeroplanos que se alejaban ganando altura.

Wantrous se acercó a la carrera.

—¿Se encuentra usted bien, almirante?

—Sí ¡demonios! Pero no crea, pasé un buen susto. Esas bombas no son atómicas, pero si nos cae una sobre la cabeza estamos listos.

—Van a volver —señaló Wantrous a los aviones que giraban como una pequeña banda de cuervos, llenando el espacio con el estruendo de sus motores. Eran reactores.

Ahora, para deshacerse de aquellos aviones, Miguel Ángel no tenía más que introducirse en el "Omega" y apretar un botón en el cuadro de instrumentos. El "Omega" no era propiamente un aparato de combate pero llevaba en la parte anterior un juego de veinticuatro faros pequeños que se apuntaban automáticamente por radar y lanzaban rayos de "luz sólida".

La "luz sólida" era el más reciente descubrimiento de la Ciencia aplicado a la guerra. Este rayo, que estaba formado de granos luminosos, salía proyectado a la velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo y era capaz de abrir un limpio agujero en una coraza de "dedona" que estuviera situada a veinte mil kilómetros de distancia.

Y esto a pesar de ser la dedona el metal más duro de cuantos se conocían, con una densidad de cincuenta mil.

Wantrous andaba ya hacia la escotilla abierta del "Omega".

—Espere, capitán —dijo Miguel Ángel—. Para echar abajo esos trastos no necesitamos del proyector automático.

—La puntería del proyector es infalible —observó Wantrous.

—Precisamente por eso. En un segundo hará tantos agujeros en los aeroplanos que no existe apenas una probabilidad de que un sólo piloto escape con vida. Usted y yo, con nuestras pistolas, podemos derribar esos aviones sin matar a sus tripulantes.

Los terrícolas sacaron sus pistolas de la funda. Eran unas armas grandes, de aspecto pesado, más parecidas a una linterna eléctrica que a una pistola convencional.

Con las pistolas empuñadas fueron a apostarse en la parte trasera de la aeronave; uno agazapado en el hueco de la portezuela, el otro detrás de una de las toberas que se prolongaban como los extremos de una gran herradura.

Los reactores picaban ya hacia tierra cuando los terrícolas acababan de tomar posiciones. De los costados y el centro de sus

proas salía el pestañeo de las ametralladoras y los cañones rápidos. Los proyectiles, dejando trazos de humo en el espacio, cayeron en granizada alrededor de la aeronave terrícola.

El capitán Wantrous y Miguel Ángel dispararon después de apuntar cuidadosamente.

Entre el estruendo de las granadas de cañón que estallaban no se escuchó el seco restallar de las pistolas eléctricas. Dos dardos de luz amarilla cruzaron el espacio como dos barras de inflexible rigidez.

El avión del extremo derecha hizo explosión en el aire y sus restos, en forma de proyectiles, volaron en todas direcciones a gran distancia. El aeroplano del extremo izquierda, perdió un ala y se precipitó al suelo en trágica pirueta, yendo a estrellarse con una explosión muy cerca de donde estaban los astronautas terrícolas.

La máquina del centro soltó dos bombas y se enderezó pasando sobre el "Omega" con gran estruendo.

Una de las bombas cayó en medio de la charca contigua, donde levantó una tromba de agua y barro. La otra cayó justamente delante de la proa del "Omega", arrancando de éste la rueda delantera del tren de aterrizaje.

Antes de que el "Omega" cayera de morro, la fuerza de la explosión lo levantó lanzando fuera a Miguel Ángel, que estaba apostado en el hueco de la escotilla posterior.

Miguel Ángel fue a caer sobre Wantrous y los dos hombres rodaron por el suelo mascullando maldiciones.

Wantrous fue el primero en incorporarse pistola en mano.

—¡Espera un poco, idiota… vas a ver tú! —rezongó extendiendo el brazo armado para tomar puntería sobre el avión que se alejaba.

—¡No dispare! —gritó Miguel Ángel—. A ése lo cogeré yo.

—¿Quiere decir que va a perseguirlo? —pregunto Wantrous ayudando a levantarse al almirante.

—Voy a traerlo cogido por el pelo. Usted vea si queda alguien con vida entre los restos de ese aparato —dijo Miguel Ángel señalando al avión que acababa de estrellarse allí cerca.

Volvió la pistola a la funda, abrochó ésta y dio vuelta a un botón que sobresalía apenas de una concavidad practicada en el cristal de la armadura que cubría su muslo derecho.

La diminuta pila atómica que funcionaba dentro de la mochila metálica aumentó la fuerza de la corriente eléctrica creando entre el

“back” y la tierra un campo magnético que anulaba la fuerza de gravedad.

Con una pequeña flexión de las rodillas y puntas de los pies, Miguel Ángel dio un salto que le elevó verticalmente en el espacio. Sus dedos accionaron otro pequeño botón y de la tobera del “back”, salió proyectado hacia el suelo un rayo de “luz sólida” que le empujó hacia arriba por reacción.

No se necesitaba ningún otro mecanismo de control para dirigir el vuelo unipersonal del hombre equipado con “back”.

Miguel Ángel subió verticalmente hasta una altura de mil metros. Entonces se “inclinó” hacia adelante, doblándose por la cintura.

La mochila y el rayo luminoso que salía de ella quedaron en posición horizontal respecto al suelo y en ángulo recto con las piernas del almirante. Éste salió lanzado hacia adelante y el viento le echó hacia atrás las piernas, quedando entonces en posición de tendido.

El almirante estiró los brazos a lo largo del cuerpo. Así ofrecía menos resistencia al aire y los dedos de sus manos estaban justamente sobre los botones reguladores del “back” que llevaba duplicados en ambos muslos.

Para alcanzar al avión que le llevaba una buena ventaja hizo girar otro poco el botón impulsor.

La distancia que le separaba del aeroplano empezó a acortarse con rapidez. El avión, con tratarse de un reactor, no hacía seguramente los quinientos kilómetros a la hora. E incluso esto parecía demasiado para un trasto como aquél. Miguel Ángel lo observó con curiosidad a medida que se acercaba.

El aparato era de una sola ala fija a un cuerpo o fuselaje de forma alargada, en donde debía estar la cabina del piloto. Debajo del ala, uno a cada lado del fuselaje, se veían dos largos tubos que eran los reactores y al extremo de éstos estaban los timones de dirección; uno sobre cada tubo, unidos por otra ala más pequeña con los timones de alabeo.

La aerodinámica del aparato era tosca y rudimentaria.

Volando como un proyectil en persecución del aeroplano, Miguel Ángel no tardó en darle alcance. Ante sí vio la cabeza del piloto, que iba metido en una especie de torreta acristalada. El

sujeto no le había visto, a lo que parecía.

El terrícola se elevó un poco para eludir el torbellino caliente del aeroplano y luego se dejó caer como un halcón sobre la parte trasera del fuselaje, ajustando su velocidad a la que llevaba el aparato.

Con los nudillos de sus guantes de vidrio flexible llamó en los cristales de la cabina… El piloto se volvió, le vio y se quedó con la boca abierta. Miguel Ángel no pudo gozarse por entero de la expresión de asombro de aquel rostro porque este iba cubierto en buena parte por las grandes gafas de aviador.

Era un rostro perfectamente humano, desde luego. Miguel Ángel, conteniendo su risa, le hizo señas para que saliera.

El piloto, que tenía una barbilla menuda y unos labios muy rojos y bien dibujados, reaccionó echando mano de una pistola que llevaba al cinto.

—No sea tonto, muchacho. No puede hacerme daño. Salga de ahí —le dijo Miguel Ángel, aunque sabía que el piloto no podía oírle.

El aviador disparó a bocajarro contra el rostro del terrícola. La bala agujereó el cristal de la cabina y rebotó en la escafandra del almirante Aznar. Otros cuatro disparos abrieron sendos agujeros en la cubierta transparente de la cabina sin que hicieran mella en la diamantina que protegía todo el cuerpo y la cabeza del terrícola.

El piloto recurrió entonces a la estratagema de hacer saltar la cubierta de la cabina. Ésta, arrastrada por el viento, le dio un buen golpe en la cabeza a Miguel Ángel y le apartó unos metros del avión. El piloto aprovechó la ocasión para lanzar su aparato en picado.

Pero el reactor no podía competir en velocidad con el hombre equipado de “back”.

Zambulléndose en el espacio como lo haría en las aguas de una piscina, Miguel Ángel echó detrás abriendo un poco el regulador. Instantes después alcanzaba al aparato.

El piloto esgrimió una llave con la que descargó un fuerte golpe contra el frente de cristal de la escafandra. Miguel Ángel cogió aquel brazo y tiró de él sacando al piloto de la cabina. Con el peso del aviador, Miguel Ángel se vio cayendo hacia tierra detrás del aeroplano que entraba en barrena.

Al verse fuera de su aeroplano, el obstinado piloto dejó de luchar y se asió desesperadamente al cuello de su raptor.

Miguel Ángel pudo así librar una mano y accionar el botón que regulaba la intensidad del campo magnético de fuerza del “back”. El vertiginoso descenso fue frenado y la pareja, estrechamente abrazada, quedó suspendida del espacio.

Pasando un brazo alrededor de la cintura del piloto, Miguel Ángel se orientó rápidamente, emprendiendo el regreso hacia la meseta donde habían quedado Wantrous y la aeronave.

Breves minutos más tarde, cruzaban de nuevo el valle por donde corría la vía férrea, y poco después descendían suavemente hacia el capitán Wantrous, que estaba de pie junto al “Omega”.

Apenas sus pies tocaron el suelo, el piloto del reactor reanudó la lucha propinando un fuerte empujón a Miguel Ángel. Pero entre éste y Wantrous lo redujeron rápidamente a la impotencia tendiéndole en el suelo de espaldas.

Mientras Wantrous sostenía las piernas del porfiado aviador, Miguel Ángel se sentó a horcajadas sobre su estómago y le arrancó de un tirón las gafas y el casco de cuero.

Los ojos más grandes, más bonitos y más furiosos que Miguel Ángel viera jamás en rostro humano, se clavaron en él con una mirada de profundo aborrecimiento. Una corta melenita rubia se desparramó sobre el suelo.

—¡Una muchacha! —exclamó el almirante entre sorprendido y regocijado.

—¡Cobarde, bellaco… bandido! —masculló la muchacha haciendo rechinar sus blancos y fuertes dientes.

Y Miguel Ángel entendió perfectamente los tres insultos, porque éstos habían sido proferidos en la gutural y desagradable lengua de la Bestia Gris.

El asombro dejó paralizado al terrícola por unos instantes. Instantes que la joven aprovechó para derribarle de un empujón e intentar ponerse en pie.

Pero Wantrous la tenía bien cogida por las piernas y no la dejó escapar.

Miguel Ángel se puso en pie y en su mejor pronunciación thorbod dijo a Wantrous:

—Suéltela, capitán. La señorita es bastante inteligente para

comprender que no podrá escapar.

Los ojos de la muchacha, de hermosas pupilas color gris acero, se clavaron en el rostro de Miguel Ángel.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó en la áspera lengua de la Bestia.

—Levántese —dijo el terrícola ofreciéndole su mano enguantada en cristal—. Somos sus amigos. No deseamos hacerle ningún daño.

El idioma thorbod que hablaban la muchacha y el terrícola no era el mismo. Su acento era muy distinto y las palabras sólo guardaban un parecido muy remoto.

Sin embargo se entendían. Ella contestó:

—Eso es mentira. Los Girkas jamás fueron amigos nuestros.

—¿Los Girkas somos nosotros? —preguntó Miguel Ángel.

La muchacha asintió en tanto se ponía en pie desdeñando la mano que se le ofrecía.

Era tan alta como Miguel Ángel Aznar; esbelta, de movimientos ágiles y felinos. Vestía un pantalón largo que se estrechaba hacia los tobillos y una gruesa casaca de cuero que le llegaba hasta casi las rodillas. Bordado en el brazo de la casaca llevaba un distintivo consistente en un triángulo amarillo debajo de una corona.

La muchacha confundía a los terrícolas con hombres de otra raza o nacionalidad. Esto lo comprendió en seguida Miguel Ángel. Sin embargo no era cosa de ponerse a discutir ahora en un intento por sacarla de su error. Entre otras cosas, porque se escuchaba de nuevo el tremor de una fuerza aérea que se aproximaba.

La prisionera miró al cielo y en sus bellas pupilas brilló a la vez una luz de temor y esperanza.

—¿Consiguió reparar la avería, Wantrous? —preguntó Miguel Ángel.

—No tuve tiempo. Hay que cambiar muchas piezas.

—Bueno, pues elevémonos tal y como está el aparato. Si permanecemos aquí, nos veremos obligados a derribar tantos aeroplanos como vayan llegando. Lo cual, habiendo podido evitarse, sería como asesinar a mansalva a los desdichados y valientes muchachos que pilotan esos aviones.

Dijo Miguel Ángel. Y volviéndose hacia la muchacha, añadió en lengua thorbod:

—Suba a nuestro aparato, tenga la bondad.

Ella no se movió, aunque miró hacia el “Omega”. El terrícola tuvo que cogerla del brazo y empujarla con suave energía hacia la portezuela abierta de la aeronave.

La fuerza aérea, formada por casi un centenar de aeroplanos, se lanzaba en picado cuando Miguel Ángel cerró tras sí la sólida portezuela de tres diámetros diferentes, parecida a la de una caja de caudales.

—Ahora, amiga mía, ya pueden lanzar sus compañeros todas las bombas que quieran… en tal que no sean atómicas. ¿Tienen ustedes bombas atómicas? —preguntó Miguel Ángel a la muchacha.

—¿Bombas atóm…? ¡Oh, sí, sí… naturalmente! —contestó la mujer.

Pero por la alarma y la súbita astucia que brilló en sus ojos, el almirante comprendió que mentía.

Mientras tanto, Wantrous movía las palancas de mando y el “Omega”, creando un campo de fuerza magnético e impulsado por dos rayos luminosos que salían de su quilla, se elevó rápidamente dejando chasqueados a los aeroplanos que picaban sobre él disparando con todas sus ametralladoras y cañones.

Parte de la formación aérea echó detrás de la aeronave en un vano intento por seguirle.

Los reactores no sólo no pudieron alcanzarle. A los 6.000 metros de altura se detuvieron jadeantes, abandonando la persecución. Aquel era el “techo”, la máxima altura que podían alcanzar los toscos aeroplanos.

Mientras tanto, el ágil “Omega”, seguía ascendiendo como un cohete hasta los 10.000 metros. Allí se detuvo y echó a volar horizontalmente, dejando atrás a los furiosos e impotentes aviones reactores.

CAPÍTULO III

EL "Omega" dejó atrás la alta meseta esteparia, sobrevoló una cordillera y se asomó a una extensa llanura cruzada por un río muy caudaloso, junto al cual había una ciudad.

—¿Cómo se llama esa ciudad? —preguntó el almirante a su prisionera.

La joven plegó los labios en un mohín enérgico, que denotaba su firme voluntad de no contestar a ninguna pregunta que pudiera servir de información a sus enemigos.

—Bueno, no importa —murmuró Miguel Ángel—. Descienda sobre ella, Wantrous. Vamos a fotografiarla.

El "Omega" viró suavemente a babor y descendió sobre la ciudad describiendo espirales.

Cuando se encontraban a 5.000 metros de altura los cañones antiaéreos de la ciudad rompieron a disparar todos a la vez, llenando el cielo de negras nubecillas de humo.

Miguel Ángel miró al rostro de su prisionera, el cual expresaba gran ansiedad.

—¡Oh, no se preocupe! —exclamó riendo—. El casco de nuestra aeronave está hecho de un metal que no pueden agujerear esas granadas.

—Eso lo veremos —contestó la aviadora.

Y por el acento de sus palabras Miguel Ángel comprendió que ella no temía por su vida, sino que esperaba con gran ansiedad que los cañones consiguieran echarles abajo.

Ella no tuvo que esperar mucho para convencerse de la invulnerabilidad del aparato en que viajaba.

Cuando el "Omega" había descendido a 3.000 metros, una de las granadas le acertó de lleno en la quilla. El aparato dio un salto hacia arriba y se bamboleó. El ruido fue espantoso, pero el "Omega" siguió volando con toda normalidad entre las granadas.

Las esquirlas de metralla resonaban como una pedrea en su casco metálico, pero en ninguna ocasión lo agujerearon.

—Ya lo ha visto usted —dijo Miguel Ángel—. Sus artilleros podrían ahorrarse el trabajo de disparar contra nosotros. No sé por qué lo hacen. Nosotros no les hemos atacado.

—Esta vez no esperaremos a que nos ataquen. Atioquita ha cambiado algo desde la última vez que ustedes estuvieron aquí. Quizá nos destruyan, pero no nos cogerán esclavos.

—¿Se llama Atioquita su país?

—Atioquita es todo este mundo; el planeta donde habitamos. No sé cómo lo llamarán ustedes.

—Mi padre cree que este planeta es el mismo que él visitó hace cuatro mil años y bautizó con el nombre de “Exilo”. Entonces estaba habitado por un pueblo de hermosas y valientes amazonas que atravesaban una Era semejante a nuestra Edad de Bronce y vivían en las montañas como trogloditas. Si usted es una descendiente de aquellas amazonas, por fuerza habremos de reconocer que Exilo o Atioquita como le llaman ustedes, ha cambiado bastante en los últimos milenios. Por cierto, que en aquella ocasión mi padre ni los suyos no se llevaron de aquí ningún esclavo.

—Los Girkas han cogido esclavos todas las veces que estuvieron en Atioquita. Y no hace mil años que estuvieron aquí por última vez, sino solamente veinticinco —repuso la muchacha secamente.

—Entonces es que nosotros no somos los Girkas —dijo Miguel Ángel.

—¡Oh, claro que lo son! Nuestros telescopios han visto sus grandes aeronaves interplanetarias rondando Atioquita desde hace varios días. Vienen por otros millones de esclavos. Como la última vez. Como todas las veces anteriores, desde hace miles de años.

Miguel Ángel contempló a la muchacha con el ceño fruncido. Mil sospechas inquietantes acudían a su imaginación. ¿Estaría todavía la Bestia Gris en alguno de los planetas próximos? ¿Serían los hombres grises aquellos que los atioqueños conocían por “girkas”?

Wantrous llamó la atención del almirante acerca de la conveniencia de alejarse de la ciudad antes que un cañonazo a bocajarro les acertara como había ocurrido cuando volaban en persecución del tren.

El “Omega” volaba a muy baja altura sobre la ciudad, seguido de una granizada de balas de ametralladoras apostadas en las azoteas de los edificios y en reductos fortificados de las afueras de la población.

Miguel Ángel puso en acción su cámara cinematográfica. Descubrió que por todas las calles que desembocaban en el campo, salía apresuradamente de la ciudad una muchedumbre fugitiva de gentes cargadas con fardos de ropa, con niños, con trebejos de cocina y todo aquello que constituía el ajuar elemental de una familia.

Todas las carreteras que salían al campo estaban invadidas de una apretujada fila de carros de todos tipos y tamaños que, tirados por bestias parecidas a caballos, huían también hacia la montaña seguidos y rodeados de gentes de a pie y de animales domésticos de características semejantes a los búfalos que Miguel Ángel vio en la meseta.

En una estación de ferrocarril sobre la que voló el “Omega” entre descargas de ametralladora se veía un tren colmado de viajeros a punto de salir.

Por las calles de la ciudad corrían alocadamente las gentes y los carruajes. Pero entre estos últimos, detalle curioso, no se veía un solo automóvil. Todo eran vehículos tirados por caballerías.

El “Omega”, al dar la vuelta, pasó sobre el río y los barcos atracados a los muelles.

La ciudad debía ser muy importante como puerto fluvial. Amarrados a los muelles, se veían algunos barcos de hasta 2.000 toneladas. Eran vapores de casco metálico y alta chimenea coronada de negros humos, como los que habían existido en la Tierra a principios del siglo XX.

Como metrópoli sin embargo, la ciudad parecía andar muy atrasada con respecto a los adelantos técnicos del país. Los edificios, bajos y ruinosos, se amontonaban desordenadamente dejando apenas espacio a las calles estrechas, tortuosas y deficientemente empedradas.

El “Omega” dio dos vueltas a la ciudad seguido de una nube de proyectiles hasta que Miguel Ángel ordenó:

—Vámonos, Wantrous.

—¿Para dónde?

—Hacia el oeste. Daremos un salto de cinco o seis mil kilómetros para ver si en otra parte del mundo están las cosas como aquí.

Wantrous “encendió” los proyectores de la quilla. El aparato, cabalgando sobre dos rígidos rayos de “luz sólida”, se elevó como un cohete hacia la estratosfera.

La prisionera acercó su pálido rostro al transparente de la cabina para contemplar con pupilas agrandadas por el asombro cómo la Tierra se hundía bajo sus pies y se iba confundiendo los relieves del paisaje en una sola, dilatada y borrosa mancha parda.

El cielo, a medida que ganaban altura, se iba volviendo negro.

De pronto, ante la sorpresa de la prisionera, todo el cristal de la cabina empezó a oscurecerse.

—Polarizamos el cristal —le dijo Miguel Ángel—. Los rayos cósmicos son muy perjudiciales fuera de la atmósfera del planeta.

—¿Qué son “rayos cósmicos”? —preguntó la muchacha.

Miguel Ángel trató de explicárselo. Ella no comprendió nada o comprendió muy poco, pero Miguel Ángel pudo sacar al menos una deducción; la muchacha tenía una cultura muy superficial y rudimentaria.

—¿Hace mucho que descubrieron ustedes el motor de reacción? —preguntó el terrícola.

—Hace unos diez años. Pero los primeros aeroplanos no consiguieron elevarse. Hemos tenido que hacer muchos ensayos y pasar por otros tantos fracasos antes de conseguir lo que buscábamos —contestó la joven.

Después de lo cual, considerando sin duda que estaba proporcionando información al enemigo, se encerró en obstinado silencio negándose a contestar a nuevas preguntas.

Mientras tanto la aeronave había dado un prodigioso salto de más de 5.000 kilómetros a través de un océano y descendía sobre un nuevo continente. El sol quedaba ahora a espaldas de los viajeros.

El nuevo continente sobre el cual volaron estaba cubierto de extensas y exuberantes selvas vírgenes, cruzado de ríos muy caudalosos y de imponentes cordilleras. Las ciudades, allí, parecían ser muy escasas. En cambio, las que encontraron, eran muy grandes y sorprendían por el recto trazado de sus calles, en contraste con la angostura de la ciudad que habían visto al otro lado del océano.

Las ciudades de este país eran relativamente modernas, de edificios grandes y sólidos, si bien sobrios y sencillos en su arquitectura. Algunas de las más populosas tenían un tosco tranvía eléctrico que recorría dando tumbos las calles llenas de barro o de polvo.

En todas ellas, la aparición de la aeronave fue acogida con grandes extremos de temor y de alarma. Las gentes corrían como alocadas por las calles y abandonaban apresuradamente la ciudad para perderse en el campo. Los cañones antiaéreos vomitaron fuego y metralla contra el "Omega".

Una escuadrilla de reactores despegó de un aeródromo y se remontó como una bandada de palomas para lanzarse en persecución del aparato intruso.

Los aeroplanos eran en líneas generales parecidos a los que unas horas atrás sucumbieron bajo los rayos de "luz sólida" de las pistolas de los terrícolas. Tan lentos y tan torpes de maniobra eran que el capitán Wantrous no tuvo que esforzarse siquiera en aumentar la velocidad de su "herradura volante".

—Ya tenemos bastante película —dijo Miguel Ángel Aznar—. Vamos a remontarnos para informar a la base.

El "Omega" volvió a atravesar como una centella las capas de la atmósfera. A 800 kilómetros de altura se detuvo. El almirante lanzó la contraseña por radio y esperó.

Como los autoplanetas se encontraban a unos 50 millones de kilómetros de distancia hubo que esperar un minuto hasta recibir la contestación: "Autoplaneta "Santa Fe" a la escucha. Comuniquen".

Miguel Ángel informó de cuanto les había ocurrido así como de todo lo que llevaban visto, y añadió:

—No hemos encontrado rastro de la Bestia Gris, ni tampoco indicios del paso de los nahumitas por este planeta. Los nahumitas, si estuvieron aquí para exterminar a los hombres grises, debieron marcharse sin dejar atrás destacamento alguno. Los nativos hablan un idioma thorbod muy corrompido, lo cual demuestra que estuvieron en contacto con la Bestia en alguna remota edad. He pensado si podrían ser los mismos indígenas que vivían en "Exilo" cuando los desterrados de "Valera" fueron abandonados en estos planetas. De cualquier forma, el atraso de estas gentes es evidente. Apenas hace unos años que empezaron a desarrollar su industria, y

ésta parece haber recibido un impulso especial en lo que se refiere a los armamentos. La razón de esta deferencia debe estar relacionada con el temor que sienten hacia los “girkas”. Ellos creen que nosotros somos los “girkas”. Los “girkas”, por lo poco que hemos podido saber de nuestra prisionera, han venido por aquí otras veces para coger prisioneros destinados a ser esclavos. Si esto resultara cierto tendríamos que admitir la existencia de la Bestia en alguno de estos planetas que creemos desiertos… a menos que fueran los nahumitas quienes vienen de vez en cuando para coger esclavos. Esto parece absurdo, desde luego… ¡Esperen un momento! Acaba de ocurrírseme una idea.

Miguel Ángel abandonó el micrófono y volviéndose hacia la prisionera le preguntó:

—¿Ha visto usted alguna vez a los “girkas”?

—No. Yo aún no había nacido la última vez que estuvieron en Atioquita.

—Pero otros los verían ¿Cómo eran?

—Demasiado lo sabe usted.

El almirante requirió un bloc de notas y con un lápiz dibujó en cuatro rasgos la cara de un thorbod.

—¿Conoce usted a esta criatura? —preguntó.

La joven retrocedió espantada ante el papel que el terrícola le ponía ante los ojos.

—¡El thorbod!

—¿No es un “girka”?

—No, es un thorbod. Ellos habitaron en este mundo hace quizá un millón de años. Hemos encontrado restos de su civilización en algunas excavaciones muy recientes… restos de objetos y algunos bajorrelieves antiquísimos en los que aparecen representados los thorbod. ¡Eran una raza de seres horribles!

—Así, los “girkas”… ¿tienen un aspecto completamente humano?

—Le estoy mirando a usted, y no me parece una persona distinta a cualquiera de nosotros —contestó la joven concisamente.

—¿Están ustedes completamente seguros de que los “girkas” no proceden de algún punto inexplorado de este mismo planeta?

Las grises pupilas de la aviadora chispearon maliciosamente.

—¿Por qué me lo pregunta? Usted debe saberlo. ¿Acaso no es un

girka?

—¡NO! —chilló el almirante incomodándose—. ¿Se cree que perdería el tiempo haciéndole preguntas tontas si lo fuera?

—Usted quiere engañarme.

—¡Váyase al cuerno! —gruñó el terrícola.

Y volviendo a empuñar el micrófono terminó su informe diciendo:

—Aló, "Santa Fe". Aquí el Almirante Aznar reanudando su informe. La prisionera distingue perfectamente entre los thorbod y los "girkas". Estos últimos deben ser personas como nosotros… gentes de otro mundo, según todas las apariencias. Puesto que los atioqueños vigilan el espacio con sus telescopios, cabe de ellos la seguridad de que son gentes que vienen tripulando máquinas interplanetarias. No veo ninguna razón para que no empecemos a desembarcar mañana mismo en este mundo. Claro que los atioqueños nos tomarían por estos dichosos "girkas" y ofrecerían una resistencia terrible. Parecen dispuestos a dejarse matar antes que rendirse a los "girkas". En fin; aquí quedamos a la espera de sus órdenes. Ha transmitido Miguel Ángel Aznar. Corto.

Llegó la respuesta:

—Aló, Almirante. Aquí autoplaneta "Santa Fe". Recibido su mensaje. Procedemos a pasarlo al Consejo. Permanezca a la escucha. Corto.

Los astronautas decidieron entretener la espera comiendo. Como además era muy remota la posibilidad que fueran atacados por atioqueños, thorbod ni "girkas" en aquellas alturas, optaron también por ponerse cómodos desembarazándose de las armaduras que llevaban puestas 48 horas seguidas.

Ya a sus anchas, y de buen humor por cierto, Miguel Ángel brindó algunas tabletas de alimentos concentrados a la prisionera.

Ella se negó a comer. No debía inspirarle mucha confianza aquellas pastillas de aspecto tan poco atrayente.

—No sabe lo que se pierde usted —le dijo Miguel Ángel—. Si comiera de estas píldoras todos los días se mantendría tan joven y tan bonita como es ahora por espacio de más de cien años. Véame a mí. ¿Represento setenta años?

—No.

—¿Cuántos cree que tengo?

—Unos doce o trece.

—¡Oiga! —chilló Miguel Ángel—. ¿Me está tomando el pelo?

Wantrous se echó a reír a carcajadas. La prisionera, en cambio seguía mirándole con la mayor seriedad.

—Bueno, bueno —refunfuñó el almirante incomodado—. No hay para tanto, capitán. No hay para tanto.

—¡Pero hombre! —exclamó Wantrous—. No sabe de qué me río. Usted no representa en realidad más que doce o trece años… de Atioquita ¿No oyó decir que este planeta tiene una revolución sideral doble larga que nuestra Tierra, y que cada año de aquí son dos de los nuestros?

Esto era verdad, pero Miguel Ángel lo había olvidado.

—Perdone —se disculpó ante la prisionera—. No tuve en cuenta que sus años son doblemente largos que los nuestros. Bueno, pues sí. Represento doce o trece, según su cuenta. Pero en realidad tengo… treinta y cinco. Que son justo setenta años de los nuestros. Esa es mi verdadera edad.

La muchacha sonrió por primera vez desde que cayera prisionera de los terrestres. No podía creer una mentira tan grande, de manera que Miguel Ángel tuvo que extenderse en una serie de explicaciones que les llevaron muy lejos por el intrincado camino de la regeneración de las células, el metabolismo y otras zarandajas por el estilo.

Ella no dio muestras de haber comprendido gran cosa. Pero al fin se comportó como mujer, pidiendo algunas de aquellas píldoras mágicas.

Del tornavoz del aparato de radio brotaron los pitidos de la contraseña de la emisora del “Santa Fe”.

—Aló, Aznar. Transmite “Santa Fe”. Vamos a retirarnos otros cincuenta millones de kilómetros en dirección al sol. Acabamos de detectar una flota de autoplanetas desconocidos en ruta hacia Atioquita. Por la misma causa deben regresar ustedes inmediatamente a la Base.

El capitán Wantrous dejó escapar un largo silbido de asombro.

—¡Hombre, esto era lo que nos faltaba! —exclamó—. ¿Cómo diablos vamos a dar una carrera de cien millones de kilómetros con este cacharro averiado?

Miguel Ángel empuñó el micrófono para preguntar a qué

distancia se encontraban los autoplanetas desconocidos.

—“A unos diez millones de kilómetros de Atioquita” fue la respuesta del autoplaneta.

Miguel Ángel explicó lo que ocurría. No podían emprender el regreso a la base sin antes reparar la avería en el sistema de dirección del aparato.

En el vacío interestelar, donde no existía el aire, las astronaves tenían que dirigirse por medio de suaves impulsos laterales de gases o, como en el caso del “Omega”, de rayos de “luz sólida”. Ahora bien; por la misma carencia de aire, cualquier impulso que desviara a la astronave se conservaría indefinidamente hasta que un nuevo impulso contrario contrarrestara la fuerza del anterior. Pero a menos que hubiera una compensación de impulsos laterales el aparato no podría ser dirigido jamás en línea recta.

A lo sumo podría encaminarse hacia cualquier punto del espacio haciendo zig-zags. Pero una astronave que hiciera “eses” en su camino tendría que llevar forzosamente una velocidad muy pequeña.

Sería cuestión de semanas alcanzar a los autoplanetas que se retiraban en dirección al sol.

Esto fue comprendido inmediatamente a bordo del autoplaneta “Santa Fe”, donde hasta los niños tenían nociones de astronáutica y mecánica clásica.

El señor Aznar, padre de Miguel Ángel, se puso personalmente al aparato para advertir a su hijo que disponía de muy poco tiempo para reparar la avería y escapar antes que llegaran las aeronaves que seguramente destacarían los autoplanetas forasteros.

Miguel Ángel contestó que puesto que tendrían que destacar exploradores más tarde para ver lo que hacían los forasteros, era un absurdo hablar de escapar desperdiciando tan magnífica ocasión de permanecer en Atioquita y presenciar los acontecimientos desde primera fila.

Miguel Ángel decidió quedarse.

—Ten mucho cuidado, hijo mío —suplicó el viejo aventurero.

El joven prometió hacerlo, por la cuenta que le tenía, y se despidió de su padre dando fin a la comunicación.

El capitán Wantrous dijo:

—Bien, ya estamos metidos en harina. ¿Y ahora, qué?

—Hemos de aterrizar y tratar de reparar esa maldita avería. Luego nos esconderemos en una arruga del terreno a esperar a ver qué pasa.

—¿Cree que esos forasteros puedan ser los “girkas”?

—Sí, eso es lo que creo. Vamos para abajo.

Wantrous empuñó los mandos.

—Un momento, vuélvase hacia aquí —dijo a sus espaldas la prisionera.

Los astronautas se volvieron. La muchacha estaba apuntándoles con la pistola eléctrica de Miguel Ángel, la cual debía haber sacado de la funda que pendía del respaldo del asiento mientras el almirante estaba entretenido con la radio.

—Dispararé contra ustedes si no siguen al pie de la letra todas mis instrucciones —prometió la joven. Y en sus grises pupilas se leía la firme determinación de apretar el gatillo tal y como aseguraba.

—¡Oh, miren la mosquita muerta! —exclamó Wantrous guiñando un ojo a Miguel Ángel—. Estaba conspirando a nuestras espaldas.

Miguel Ángel sonrió. La amenaza de la prisionera no había acelerado ni en una centésima de segundo los latidos de su corazón, Porque la pistola, tal y como la empuñaba la muchacha era totalmente inofensiva.

Para que un proyector de “luz sólida” pudiera funcionar tenía que estar conectado a una fuente de energía eléctrica. Cuando Miguel Ángel vestía su armadura de cristal, la pila atómica del “back” proporcionaba esta energía y por un hilo fino, introducido en el mismo material de la armadura, la hacía llegar hasta un círculo de metal de la palma del guantelete de cristal.

Al empuñar la pistola, cuya culata era metálica, quedaba establecido un contacto y el arma se encontraba automáticamente en condiciones de disparar. A falta de este contacto, la pistola tenía que empalmarse a una línea eléctrica.

Pero tal y como la empuñaba la muchacha la pistola no podía lanzar ni uno sólo de sus mortíferos rayos.

Sin embargo, por seguir la broma que Wantrous había iniciado, Miguel Ángel exclamó:

—¡Eh, cuidado con ese chisme, pequeña! ¿Sabe lo que ocurriría si se disparara?

—No me importa lo que ocurra —contestó la muchacha—. Dispararé, pase lo que pase, si alguno de ustedes se acerca o ejecutan alguna treta para librarse de mí.

—Pobre chica —murmuró Wantrous en español—. Casi va a saberme mal tener que desengañarla. ¡Oh, mírela… mírela como centellean sus ojos!

—Se siente dueña de la situación —dijo Miguel Ángel, también en español—. Apuesto a que ahora contesta a todas nuestras preguntas.

—Dejen de hablar en ese horrible idioma —dijo la muchacha—. No entiendo lo que dicen.

—Yo le decía a mi compañero: “¡estamos perdidos!” porque en sus ojos leo la irrevocable decisión de matarnos —dijo Miguel Ángel en idioma thorbod.

La joven se humedeció los gordezuelos labios con el extremo de la lengua.

—Quizá les perdone la vida, si me conducen ahora mismo a mi país —aseguró.

—Nos costaría mucho trabajo volver allá con una avería en el sistema de dirección —apuntó Wantrous con toda seriedad—. Además; ¿para qué diablos vamos a esforzarnos en complacerla, si luego nos matará de todos modos? También nosotros sabemos morir como héroes, amiguita. Así que apriete el gatillo y acabemos de una vez.

—No les mataré, palabra que les perdonaré la vida si me conducen a Olano y se entregan prisioneros.

—¿Entregamos prisioneros? ¡Oh, no! Ni que lo sueñe. Usted parece buena chica y cumpliría seguramente su palabra. Pero su palabra no compromete la de sus superiores. ¿Verdad que no? Ellos…

—Mi palabra es ley en Nabistán. Yo soy Milvana II, reina de las Amazonas.

—¡Apaga y vámonos! —exclamó Wantrous en español—. Era lo único que nos faltaba por saber.

Pero Miguel Ángel Aznar no participaba del escepticismo de su piloto. No podía excluirse la posibilidad de que la muchacha estuviera mintiendo para hacerse obedecer. Pero también podía estar diciendo la verdad.

—¿Cómo es eso que siendo reina nos lo ha ocultado hasta ahora? —preguntó.

Y ella contestó:

—Porque siendo yo Milvana y ustedes girkas habrían pretendido quizá que se les entregara un fuerte rescate por mi libertad. O quizá me habrían utilizado para inmovilizar a mi Ejército con la amenaza de matarme. Seguramente no habrían conseguido ninguna de las dos cosas, pero el espíritu combativo de mis amazonas habría decaído mucho al saber que su reina era prisionera de los girkas.

Wantrous miró a Miguel Ángel y como le viera vacilar exclamó:

—¿Usted no creerá en las trolas que nos está contando esta intrigante, verdad, almirante?

Miguel Ángel reflexionó unos instantes y luego preguntó:

—Supongamos que continuamos la farsa y nos dejamos llevar prisioneros hasta… ¡bueno! hasta donde ella quiera. ¿Qué cree usted que podría ocurrirnos?

—Nada bueno, se lo aseguro.

Y Miguel Ángel reconoció para sí que su plan era demasiado temerario.

Sin embargo, deseaba congraciarse con la joven, demostrarle que ellos no eran girkas ni deseaban mal alguno para su pueblo. Y como de todas formas la muchacha constituía una carga molesta de la que habría que desembarazarse cuanto más pronto mejor, se decidió por un plan mixto que consistía en llevar a la reina hasta Olano, fingiéndose prisioneros, y luego desengañarla y proseguir solos su misión.

—Eso parece bastante sensato —aprobó Wantrous—. Aunque antes debiéramos aterrizar en cualquier parte y ver de arreglar esa dichosa avería.

Miguel Ángel habló con Milvana asegurándole que no podrían regresar a Olano sin antes reparar los desperfectos del sistema de dirección. La joven, que por ser piloto tenía algunos conocimientos técnicos, accedió a regañadientes.

—Pero usted y yo permaneceremos a bordo mientras su amigo baja y repara la avería —advirtió a Miguel Ángel.

El “Omega” aterrizó en un paraje solitario cubierto de bosque y Wantrous echó pie a tierra para reparar la avería. Se trataba simplemente de cambiar dos faros alojados en el interior de la

tobera destrozada por otros que llevaba de repuesto en el pañol.

Los trabajos duraron dos horas, permaneciendo todo este tiempo Miguel Ángel en su asiento encañonado por la desconfiada soberana de las Amazonas.

Wantrous recogió las herramientas que había utilizado, trepó al aparato y volvió a empuñar los mandos.

CAPÍTULO IV

LA noche les sorprendió antes que alcanzaran las costas del continente que habían explorado durante la mañana. Wantrous, en adelante, tuvo que servirse exclusivamente del radar y de su certero instinto de orientación para regresar a Olano.

Olano, según explicó Milvana II, era aquella ciudad sobre la que habían volado entre el nutrido fuego de la artillería antiaérea; la misma que tenía un importante puerto fluvial y una fisonomía francamente vetusta y desagradable.

Wantrous tuvo que volar sobre 2.000 kilómetros de costas y explorar alrededor de una docena de ríos muy caudalosos hasta que el contorno de la ciudad apareció en el cristal deslustrado del radar.

Olano, que seguía alumbrándose como en la Edad Media por el sistema de candiles de aceite, tenía todas sus luces apagadas. Pero al acercarse el “Omega” dejando atrás la doble estela de los rayos luminosos que lo impulsaban, los reflectores de la capital fueron encendidos y la artillería antiaérea comenzó a disparar con infernal estruendo.

—No podemos aterrizar en la ciudad —dijo Milvana. Y ordenó a Wantrous que volaran siguiendo el río hasta una casa-fortaleza que se levantaba en la cima de un cerro, a unos siete kilómetros de Olano.

—Aterrice al pie del cerro —ordenó Milvana—. Iremos andando hasta el castillo.

Wantrous apagó los proyectores y realizó un magistral aterrizaje en un prado entre el cerro y el río. Una de las dos lunas de Atioquita brillaba entonces en el cielo y su pálido resplandor bañaba por completo el interior de la cabina a través de la cubierta de “diamantina”.

El almirante Aznar apretó un botón del tablero de instrumentos y la sólida portezuela del aparato se abrió hacia dentro girando

silenciosamente sobre sus goznes.

Milvana II retrocedió de espaldas hasta la portezuela y desde allí ordenó:

Levántese y vengan hacia aquí.

Pero los terrícolas no se movieron.

—Lo siento, señorita —dijo Miguel Ángel—. Hemos decidido continuar solos nuestro viaje.

—Ustedes son mis prisioneros. Les estoy apuntando con una pistola de las suyas —les recordó la muchacha.

Miguel Ángel sonrió.

—No sabe cuánto siento tener que desilusionarla, Majestad. Esa pistola es completamente inofensiva en sus manos. Nunca constituyó un peligro para nuestras vidas mientras usted la empuñaba. ¿Quiere devolvérnosla?

El joven alargó su mano. La muchacha se echó atrás. En sus bellas pupilas se leía el desconcierto y la duda. Sin embargo aseguró:

—Es una patraña muy inocente. La pistola es peligrosa, o de lo contrario no me habrían obedecido trayéndome hasta aquí.

—¿Por qué no? No le deseamos ningún mal. Usted, a bordo de nuestro aparato, es más bien un estorbo que otra cosa. Así que la dejamos en libertad y le deseamos…

—¡Levántense! —gritó la joven con ojos chispeantes—. Les doy tres segundos de tiempo para obedecer. ¡Uno!

Los terrícolas no se movieron.

—¡Dos!

Los terrícolas se miraron y sonrieron.

—¡Tres! —gritó Milvana. Y apartando la pistola de Miguel Ángel, apuntó al capitán Wantrous y apretó el gatillo.

Naturalmente, nada ocurrió.

La muchacha lanzó una exclamación de rabia y volvió a apretar el gatillo. Lo apretó dos veces más con idénticos resultados negativos. Luego masculló una maldición y se puso a mirar y palpar nerviosamente todos los resortes del arma.

—No se canse ni le busque ningún truco —le dijo Miguel Ángel Aznar sonriendo—. Esta pistola no funciona si no está enchufada a un generador eléctrico.

Ella se detuvo jadeante y miró al terrícola muy pálida. Por un

instante pareció que iba a decir algo. De pronto se volvió y con la agilidad de un felino se lanzó de cabeza por la escotilla abierta, yendo a caer sobre la hierba del prado donde dio una espectacular voltereta antes de saltar en pie y echar a correr como un gamo.

Ocurrió todo con tanta rapidez, que los dos terrícolas estaban mirándola todavía con la boca abierta cuando ya ella corría velozmente por la suave ladera del cerro hacia arriba.

—¡Eh, que se lleva nuestra pistola! —gritó Wantrous saltando en pie como impulsado por un muelle.

—¡Déjelo!, yo iré —gritó a su vez Miguel Ángel saltando también de su asiento.

Y, como había hecho la amazona segundos antes, se lanzó de cabeza por la escotilla.

Cayó sobre las manos, dio una limpia voltereta en el aire y con el mismo impulso que llevaba se puso en pie echando a correr en persecución de Milvana.

Apenas se había lanzado en pos de la indígena, Miguel Ángel Aznar comprendió que acababa de cometer otro error. Jamás podría alcanzar a la muchacha. Toda la gracia felina de los movimientos de Milvana se manifestaba ahora en forma de una agilidad sorprendente, de una velocidad en la carrera que él podría emular quizá, pero nunca aventajar.

Y esto a pesar de que Miguel Ángel puso desde el primer instante toda la fuerza de su voluntad y de sus músculos en el empeño de alcanzarla.

Era preciso recuperar la pistola. La “luz sólida” constituía el último y, posiblemente, el más trascendental de los descubrimientos científicos de la nación terrícola aplicados a la guerra. Su naturaleza y la forma de producirla era un secreto celosamente guardado por la Armada Sideral.

Hasta tal punto se consideraba necesario mantener en secreto esta arma, que todos los aparatos de la Armada Sideral Terrícola equipados de proyectores de “luz sólida” llevaban un dispositivo especial para volar y destruir completamente los “cañones” de luz y la misma aeronave si en algún momento existiera peligro de caer en manos enemigas.

Y Miguel Ángel, por su exceso de condescendencia, en flagrante contravención de las Ordenanzas, había dejado que una persona

extraña huyera llevándose su pistola eléctrica.

Tenía que alcanzar a la joven indígena, costara lo que costara y aunque fuera su último acto en esta vida.

Pero la joven le llevaba un buen trecho de ventaja y no parecía dispuesta, ni mucho menos, a ser alcanzada por su furioso persecutor. Y Miguel Ángel, en efecto, no la hubiera alcanzado nunca sin la oportuna intervención del capitán Wantrous.

Wantrous, plenamente consciente de la importancia que tenía para ellos recuperar la pistola, puso el "Omega" en marcha y volvió rápida y hábilmente los mandos saliendo en persecución de la muchacha. El aparato dio un brusco salto hacia adelante y, casi a ras del suelo, describió una curva para atajar a la fugitiva.

Milvana, o cualquiera que fuera su verdadero nombre, vio venir al "Omega" y tuvo que lanzarse de bruces al suelo para que la aeronave no la arrollara.

La máquina pasó sobre la muchacha y viró a estribor para volver contra ella. Milvana perdió unos preciosos segundos mientras estaba tendida en el suelo y se ponía nuevamente en pie para reemprender su carrera.

Miguel Ángel casi la tenía al alcance de sus manos y tan cerca estaba de ella que Wantrous, para no arrollar también a su almirante, encabritó el aparato pasando por encima de ellos.

Mientras tanto se habían encendido algunas luces en la casa-fortaleza de la colina y una bala pasó zumbando junto al oído de Miguel Ángel, seguida de la seca detonación de un arma de fuego.

—¡Auxilio… a mí! —chilló la muchacha con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Soy Milvana… La Reina! ¡A mí!

En este instante Milvana tropezó y cayó.

Un segundo más tarde, Miguel Ángel saltaba sobre ella y quedaba montado a horcajadas encima de sus riñones.

—¡Déme… esa… pistola! —jadeó atrapando la muñeca de la joven.

Milvana se revolvió como una lagartija bajo el peso del cuerpo del terrícola, que así quedó sobre su estómago. Y con la pistola, que había logrado zafar a la garra de Miguel Ángel, descargó contra el rostro de éste un golpe terrible.

La pistola le dio a Miguel Ángel en la mitad de la frente, dejándole atontado unos segundos.

De pronto, la amazona elevó sus pies por detrás de Miguel Ángel, aprisionó el cuello de éste con una hábil tijera y le derribó de espaldas.

Cuando el terrícola se incorporó lanzando una maldición, la muchacha corría ya hacia la casa-fortaleza y el grupo de gente que acaba de salir de ésta.

—¡A mí, a mí! —gritó la reina.

Wantrous intervino en ese instante.

El "Omega" estaba demasiado lejos para interceptar a la indígena, pero el capitán Wantrous recurrió a la treta de encender los dos proyectores de "luz sólida" de las toberas de proa.

La "luz sólida" de aquellos proyectores, de la densidad y la fuerza de un violento chorro de aire, alcanzó a Milvana y la revolcó por el suelo como hoja arrastrada por el viento.

Comprendiendo que era la última oportunidad de recuperar la pistola antes que llegara la gente que acudía en socorro de Milvana, el almirante Aznar apretó los dientes con fuerza y echó a correr hacia donde la amazona se incorporaba.

Esta vez, Milvana no huyó.

Le hizo frente pasando la pistola a su mano izquierda y lanzó su puño derecho como un proyectil contra la cara de Miguel Ángel.

Al llegar aquí, el terrícola se despojó bruscamente de sus escrúpulos. Su único pensamiento era recuperar la pistola. Ella era un enemigo, a despecho de su condición de mujer. Miguel Ángel esquivó el puñetazo y contestó con un directo al corazón de la muchacha.

El aire escapó silbando por entre los labios de la joven, junto con un gemido de dolor.

Se inclinó ligeramente hacia adelante. El puño izquierdo del terrícola subió como un ariete para estrellarse contra la mandíbula femenina. Milvana II retrocedió dando traspiés y cayó al suelo de espaldas.

Miguel Ángel saltó en el aire como un tigre para caer sobre la amazona. Pero ella levantó los pies y el terrícola, recibiendo nuevo y vigoroso impulso de las flexibles piernas de la muchacha, pasó por encima de ésta como un proyectil para aterrizar violentamente sobre el césped cuatro metros más allá.

Se pusieron en pie al mismo tiempo y bajo la claridad de la luna

se contemplaron con ferocidad.

—Déme esa pistola —rugió Miguel Ángel.

Ella estiró el cuello y gritó:

—¡A mí… soy la reina!

A unos treinta metros estaba el grupo de gente armada que acudía en auxilio de Milvana. Venían corriendo, gritando y disparando contra la aeronave del capitán Wantrous. Miguel Ángel calculó que le quedaban treinta segundos para hacer un último intento por rescatar la pistola.

Se lanzó sobre la amazona. Ella rehuyó el encuentro dando un salto atrás.

Wantrous intervino de nuevo echando mano del último y más drástico de sus recursos. Apuntó toda la aeronave contra el grupo de indígenas que bajaba por la ladera y apretó un botón.

Los veinticuatro pequeños faros de proa del "Omega" lanzaron un haz de dardos luminosos contra el enemigo. Sólo alcanzaron a la retaguardia, pero aquellos diez o doce indígenas que fueron tocados por los rayos rodaron por el suelo como fulminados. Por desgracia, Wantrous ya no tuvo tiempo de disparar de nuevo.

Milvana había quedado un segundo inmóvil al ver caer a los suyos atravesados por aquellos terribles rayos amarillos y Miguel Ángel se aprovechó de su momentánea distracción para arrojarse contra ella.

Los dos rodaron por el césped, estrechamente abrazados. Breves segundos después los soldados de la guarnición de la casa-fortaleza, llegaban hasta los contendientes y se abalanzaban como una nube de abejas sobre el terrícola.

En aquel preciso instante el capitán Wantrous tenía a todo el grupo enfilado con sus proyectores de "luz sólida". Le hubiera bastado apretar un botón para fulminarlos a todos con sus mortíferos rayos. Pero entre éstos se encontraba también el almirante Aznar. El capitán, por no matar a Miguel Ángel, no disparó.

Miguel Ángel comprendió los escrúpulos del capitán. Y aunque era joven y tenía en gran precio su propia vida, el almirante chilló a voz en cuello:

—¡Dispare, Wantrous… por todos los santos, dispare!

Porque el joven se encontraba en uno de aquellos momentos en

que el hombre, furioso contra su suerte y contra sí mismo, podía enfrentarse con la muerte sin sentir miedo.

Pero Wantrous no le oyó. Y aunque le hubiera oído tampoco habría obedecido.

Con ello contravenía las Ordenanzas Militares, las cuales especificaban que, en un caso extremo, se sacrificaría sin vacilar la vida de los propios hombres en tal de mantener inviolado el secreto que pesaba sobre las armas de "luz sólida".

Pero Wantrous no podía disparar contra su almirante, porque éste era su amigo.

—Wantrous, dispare… ¡se lo ordeno! —gritó Miguel Ángel entre los brazos de sus captores.

Milvana II ordenó que le hicieran callar. Y en efecto, le hicieron callar propinándole un tremendo golpe en la cabeza con la culata de una pistola.

Miguel Ángel Aznar perdió el sentido.

Mientras tanto, en la cabina del "Omega", Wantrous se daba a todos los diablos maldiciendo de los indígenas, de Milvana II, de su perra suerte, de las majaderías de su almirante y de un montón de otras cosas cuya participación en los hechos era muy dudosa.

Wantrous esperó inútilmente a que su almirante se separara del grupo para poder disparar contra éste los rayos de "luz sólida". Pero Milvana II debió comprender que sólo gracias a que el terrícola estaba entre ellos seguían aún con vida, y ordenó que sus amazonas se apelotonaran alrededor del exánime prisionero.

Todo el pelotón echó a andar apresuradamente hacia la fortaleza. Mientras se retiraban, los soldados no dejaban de disparar contra la aeronave.

Las balas no podían hacer ningún daño al aparato ni al capitán Wantrous, protegido por los transparentes de "diamantina". Pero su continuo rebotar contra los cristales de la cabina, irritó todavía más al astronauta.

Wantrous, al fin, se decidió por seguir al pelotón ladera arriba.

Casi a ras del suelo, el "Omega" echó tras los indígenas. A unos diez metros de distancia Wantrous encendió los proyectores delanteros. Los dos chorros de "luz sólida", actuando como mangas de agua a enorme presión, cayeron sobre el pelotón que huía y lo dispersó como un montón de hojas.

La mayor parte de los indígenas rodaron por el prado. Y los que no fueron derribados por el doble chorro de “luz sólida”, tuvieron que arrojarse al suelo para eludir al aparato que pasó muy lentamente por encima de ellos.

Naturalmente, Wantrous no podía distinguir a la simple claridad de la luna quién de entre toda aquella gente era su almirante. Pero esperaba que, de seguir vivo y en conocimiento, Miguel Ángel aprovecharía la ocasión para librarse de la garra de sus captores y saltar dentro del “Omega” por la escotilla posterior, que seguía abierta.

Pero Miguel Ángel seguía sin sentido y ni siquiera se dio cuenta que el “Omega” estaba pasando por encima de Milvana, que se había echado a tierra junto a él.

Cuando el “Omega” hubo pasado sobre los indígenas, uno de éstos saltó ágilmente en pie y echando a correr detrás de la astronave, arrojó dentro de ésta, por la escotilla abierta un objeto cilíndrico que resultó ser una granada de mano.

Hizo explosión con terrible estrépito.

Wantrous, que ni esperaba ni vio entrar la granada, creyó que una bomba atómica estallaba detrás de su cabeza. El sillón en que iba sentado tenía un apoyo para la nuca, como los clásicos sillones de barbería. El respaldo de diamantina salvó la vida a Wantrous. Pero el apoyo de la nuca no alcanzaba a cubrir todo el cráneo del piloto.

Una esquirla de metralla hirió a Wantrous en la cabeza produciéndole un corte profundo en el cuero cabelludo.

Wantrous sintió que se desmayaba, temió que pudiera morir e hizo un esfuerzo para alcanzar el botón que provocaría la explosión instantánea de la aeronave.

Pero el botón estaba lejos, precisamente para que el piloto no lo confundiera con ningún otro. Wantrous no pudo alcanzarlo. En cambio empujó con la rodilla, sin darse cuenta, la palanca aceleradora de los proyectores de popa.

El “Omega” fue brusca y violentamente impulsado hacia adelante, remontó como un bólido la suave pendiente de la colina y pasó sobre la casa-fortaleza estando en un tris que no se estrellara contra uno de los recios torreones del edificio.

Luego se alejó ganando altura, con su piloto caído de bruces

sobre el tablero de instrumentos.

CAPÍTULO V

EN la lóbrega mazmorra a donde fue conducido, Miguel Ángel Aznar tuvó tiempo de sobra para reflexionar acerca dé las consecuencias que podían derivarse de su imperdonable falta de prudencia.

¿Cómo se le ocurrió seguir adelante aquella broma tan estúpida y conducir a Milvana hasta su propio castillo?

La respuesta era que, sintiéndose un poco Don Juan, el almirante no pudo resistir a la tentación de mostrarse gallardamente generoso con la bella reina de las amazonas. Especialmente, después que supo que era “toda una Reina”.

—Merezco que me ahorquen —se dijo el almirante.

Y en su amargura casi hubiera aceptado la horca como una liberación.

Pero en el fondo todavía alentaba esperanzas de que las cosas se arreglaran. ¡Si pudiera hablar y convencer a aquella testaruda muchacha!

Mas las horas transcurrieron y Miguel Ángel no fue llamado a comparecer ante la reina. Acabó por dormirse sobre la paja húmeda que cubría el piso de la mazmorra.

Despertó al amanecer con el ruido que hacían los cerrojos en la puerta de la mazmorra. La puerta se abrió y en el vano apareció un apuesto oficial revestido de todos los encantos inherentes a su sexo. Era una mujer.

La oficial, que venía acompañada de un piquete de cuatro soldados masculinos, indicó al terrícola que saliera. Miguel Ángel obedeció. Por un largo pasillo le condujeron hasta un sótano que estaba alumbrado por una solitaria y polvorienta bombilla eléctrica. En este sótano se veían, arrumbados y al parecer en desuso, cierto número de viejos aparatos de tortura estropeados y cubiertos de polvo.

Cerca de una chimenea en la que ardía un alegre fuego, había una recia mesa. Sobre la mesa descansaba la pistola eléctrica de Miguel Ángel y alrededor de ella se veían algunas mujeres vestidas como hombres, la mayoría de avanzada edad, y todas con rasgos inteligentes en sus graves rostros.

Milvana, la causante de todos los sinsabores del almirante Aznar, estaba también allí ocupando una recia poltrona en un extremo de la mesa.

En lugar del chaquetón de cuero que llevaba cuando la conoció Miguel Ángel, Milvana vestía ahora una casaca azul eléctrico muy ajustada y adornada con algunos cordones y bordados de oro. La casaca era de corte impecable, se ceñía provocativamente a sus redondeadas morbideces y la favorecía mucho.

Miguel Ángel la miró rencorosamente. Advirtió que ella mostraba un cardenal amoratado en la barbilla, señal del puñetazo que él le había propinado, y aquello le complació mucho.

Ella también le miró y sus grises pupilas chispearon maliciosamente.

—Aquí está el prisionero, majestad —anunció la oficial saludando con una inclinación de cabeza.

—Permanezcan junto a él y no le pierdan de vista un minuto —contestó Milvana. Y añadió acariciándose la barbilla—: Es muy peligroso.

La oficial se quedó junto al terrícola y Milvana, encarándose con éste, le dijo:

—Girka, le aconsejo que desista de todo acto de violencia y conteste con sinceridad a cuantas preguntas se le hagan. Su vida será respetada, tal y como le prometí. Sin embargo, en su condición de prisionero, no puede aspirar a recibir un trato mejor del que recibirá cualquier otro hombre en las mismas circunstancias. Tenga presente que disponemos de medios para arrancarle la verdad incluso contra su voluntad. ¿Cómo se llama?

—Miguel Ángel Aznar. Almirante Aznar, de la Armada Sideral Terrícola. Y no soy un “girka”, sino terrestre.

—Terrícola o “girka” debe de ser lo mismo —apuntó una mujer de cierta edad que vestía uniforme verde con profusión de entorchados.

—No, no es lo mismo —contestó Miguel Ángel. Y a continuación

explicó quién era el pueblo que se titulaba a sí mismo “terrestre”.

Relató cómo, hallándose su nación disfrutando de una era de paz y prosperidad en sus planetas nativos, fue sorprendida por la llegada de una extraña raza de criaturas extraterrestres que, abriéndose paso por la fuerza, penetraron en el Reino del Sol yendo a establecerse como conquistadores en un planeta deshabitado llamado Urano[1].

El intruso sideral contaba con medios destructivos tan potentes que las Fuerzas Armadas Terrícolas no pudieron impedir su penetración en el Reino del Sol.

—No estábamos, desde luego, en condiciones de discutir con los intrusos en un plano de igualdad sus derechos a establecerse en uno de nuestros planetas —dijo Miguel Ángel.

Y como existía cierta similitud entre el caso de los “sadritas”, —que así se llamaban los intrusos—, y el mismo pueblo terrícola que ahora intentaba establecerse en Atioquita, Miguel Ángel se apresuró a añadir que, en realidad; “la nación terrícola estaba dispuesta a considerar el caso de los intrusos desde un punto de vista humanitario, reconociendo sus derechos a encontrar asilo en un planeta que los terrícolas no podrían habitar jamás”.

Lo malo, lo verdaderamente malo, era que la raza intrusa no estaba fisiológicamente constituida para habitar en los planetas terrícolas en las mismas condiciones que los indígenas.

El sol que alumbraba los días de los planetas terrícolas era dañino para aquellos extraños seres venidos de algún punto remoto del Universo. Y si el sol hubiera sido bueno para los intrusos, entonces sería malo para el organismo de los terrícolas, los cuales tendrían que marcharse de aquellos planetas donde la vida iba a ser imposible para ellos en adelante.

Esto lo descubrieron los sabios terrícolas, pudiendo decirse que desde el momento en que se realizó este descubrimiento se acabó la paz para el espíritu de los angustiados terrícolas.

Al fin, los intrusos se mostraron como lo que en realidad eran; una raza de criaturas de crueldad infrahumana sin el menor escrúpulo de conciencia. Habían llegado al Reino del Sol haciendo promesas de paz y buena voluntad, pero sus intenciones no correspondían al tenor de sus palabras.

Y no era que los terrícolas se fiaran de ellos. Los terrícolas

sabían que ellos y los intrusos siderales no podrían vivir bajo el mismo sol, y que una de las dos razas tendría que abandonar el Reino del Sol en favor de su antagonista…

Para abreviar; los intrusos tenían hechos sus planes y no esperaron a que los terrícolas estuvieran preparados para lo que parecía, y en realidad era guerra inevitable. Lanzaron un gigantesco cuerpo celeste contra el sol de los terrícolas y lo transmutaron en un sol de helio como el que ellos necesitaban para poder vivir en el planeta que acababan de conquistar.

Después de aquello a la nación terrícola no le cupo más alternativa que emigrar de aquellos planetas donde había nacido y desarrollado su brillante civilización.

—Nosotros —terminó diciendo Miguel Ángel— somos aquel pueblo feliz expulsado de sus planetas por una raza de criaturas extrañas a nuestra naturaleza, a nuestra manera de sentir y a nuestra forma de pensar. No hemos venido aquí para hacer esclavos, sino en busca de una segunda Tierra donde podamos levantar nuestras casas y vivir en la misma paz física y espiritual que disfrutábamos allá en nuestros felices y ya para siempre perdidos mundos. No somos “girkas” ni tenemos la menor relación con ellos. Y esto podrá demostrarse muy pronto porque los “girkas”, los verdaderos girkas que tanto temen ustedes, acaban de llegar a este Reino Solar tripulando una flota de autoplanetas y parecen decididos a desembarcar en Atioquita. Pronto tendremos ocasión de conocerles. Y según ellos procedan con ustedes, nosotros procederemos con ellos. Porque la nación terrícola es pacífica, pero jamás ha eludido un riesgo ni un sacrificio, por grande que fuera, cuando ha habido que defender a los débiles o corregir una injusticia. En otras palabras; la nación terrícola les ofrece a los atioqueños su amistad y su protección.

Dicho lo cual, el almirante Aznar miró a la reina de las amazonas en espera de una respuesta.

Las mujeres cambiaron entre sí una mirada de perplejidad. Luego, todas las miradas convergieron sobre Milvana II, como esperando que la soberana decidiera por sí misma.

—Bien —dijo Milvana II—. Supongamos que aceptemos la ayuda de los terrícolas y les dejamos entrar en Atioquita como aliados. ¿Qué seguridad puede ofrecérsenos de que los que hoy

llegan como amigos no pretenderán erigirse en nuestros amos?

Miguel Ángel protestó indignado. Su Majestad se equivocaba lamentablemente si creía a los terrícolas interesados en esclavizar a los atioqueños. Puesto que la reina desconocía la Historia de la cultura terrícola renunciaba a enumerar los casos en que la nación cristiana se había desangrado luchando contra la esclavitud en diversos puntos del inmenso Universo.

Apelaba a la lógica y preguntaba; ¿para qué iban a esclavizar los terrícolas a los atioqueños? No les necesitaban para labrar los campos, ni para tejer sus vestidos, ni para fabricar sus zapatos, ni para proveerles de ninguno de los múltiples objetos sin los cuales se hubiera sentido desdichado el terrícola.

—En nuestro mundo —dijo Miguel Ángel—, las máquinas se encargan de hacerlo todo. Nuestra economía no depende de la agricultura, ni nuestra comodidad del esfuerzo duro y cotidiano que se exige al atioqueño. Nuestro nivel de vida es tan alto que cada hombre puede sentirse completamente libre e independiente, dueño de sí mismo, de hacer lo que le plazca e ir a donde quiera. Un pueblo que es tan profundamente amante de la libertad e independencia no puede desear para otros la esclavitud y el sometimiento que detesta para sí mismo. Como seguridad, esa es la única seguridad que puedo ofrecerle en el sentido que la nación terrícola jamás ha aspirado ni aspira a tener esclavos.

—No es una seguridad muy convincente —apuntó la reina.

Y Miguel Ángel contestó:

—Los atioqueños tendrán pruebas de nuestra sinceridad en el futuro, a la vista de los hechos. Porque la nación terrícola se establecerá en este planeta, tanto si les gusta a ustedes como si no. No les arrebataremos ningún territorio rico ni densamente poblado. Todo lo contrario; buscaremos el paraje más pobre y solitario para establecer en él nuestras ciudades. No les haremos ningún daño ni trataremos de convencerles para que vengan a unirse a nosotros. Con el tiempo los mismos atioqueños vendrán por su propia voluntad a participar de nuestros trabajos y preocupaciones para percibir al cabo la misma parte de beneficios en el bienestar común.

Las grises pupilas de Milvana centellearon retadoras:

—Si quieren establecerse en este planeta por la fuerza tendrán que pasar por encima de nuestros cadáveres —aseguró.

—Hagamos entonces un pacto. Acójanos en Atioquita como amigos, no como a enemigos. Nosotros no queremos entrar aquí por la violencia, a menos que sea probada y absolutamente necesario. El deber de una buena reina, creo yo, consiste en procurar la paz y el bienestar de su pueblo. Su Majestad puede evitar una guerra a su pueblo absteniéndose de luchar contra nosotros. Que Su Majestad me acompañe hasta nuestros autoplanetas y se convencerá por sí misma de que también puede labrar la felicidad de sus súbditos con nuestra alianza.

—Nuestra Reina no puede aceptar esa invitación —aseguró una de las mujeres de más edad, la cual vestía uniforme con profusión de entorchados.

—¿Por qué no? —preguntó el terrícola—. ¿Acaso tiene miedo?

—¡Una Reina de las Amazonas no teme a nada ni a nadie! —se apresuró a proclamar Milvana II—. Si es necesario iré a tratar con ustedes en su propio terreno, pero sólo cuando sea absolutamente necesario. Usted acaba de contarnos la historia de una nación que tuvo que admitir a una raza intrusa por no estar en condiciones de discutir sus derechos a hacerlo en un plano de igualdad. Me apunto la lección. Acabamos de probar esta pistola, empalmándola a una línea eléctrica como usted dijo, y hemos visto que sus efectos son realmente extraordinarios. Ahora, las mujeres más sabias de Nabistán van a tratar de copiar esa pistola para armar con proyectores semejantes a nuestras Fuerzas Armadas. Si nuestra industria es capaz de fabricar armas de esta especie tan buenas como las suyas, entonces podremos discutir con la nación terrícola en un plano de igualdad.

—No me haga reír —dijo Miguel Ángel—. Esa pistola está hecha en su totalidad de materiales y aleaciones desconocidas para ustedes. Jamás lograrán hacer una igual.

—Eso es lo que dice usted. Nosotros vamos a intentarlo.

Dijo la Reina de las Amazonas, y siguió una pausa tensa mientras los dos se miraban desafiantes.

De pronto, en este silencio, se escuchó el alarido largo, agudo y penetrante de una potente sirena. Era una sirena de sonido particular, de notas muy agudas y desagradables. Miguel Ángel la reconoció al instante, y su corazón empezó a palpitar aceleradamente.

Era la sirena inconfundible de los antiguos destructores siderales de la Armada Terrícola. Sólo que como aquellos viejos destructores ya no existían, ahora se había equipado con ella a los modernísimos aparatos "Omega" de la Armada Sideral.

El sonido llegaba de lo alto y todos levantaron la vista hacia el techo. Miguel Ángel pensó: "Ésta es la ocasión".

Y extendiendo sus dos brazos empujó a los dos soldados de la escolta que tenía a cada lado. Luego saltó hacia la mesa. Pero Milvana II se le adelantó una fracción de segundo cogiendo la pistola eléctrica y echándose atrás.

Miguel Ángel desistió de apoderarse de la pistola. Fue quizá la decisión más rápida e inteligente de cuantas había tomado en las últimas veinticuatro horas porque los soldados de la escolta saltaban ya hacia él con las manos abiertas y cualquier pequeña pérdida de tiempo hubiera significado su irremisible captura.

Miguel Ángel, en vez de insistir en lo que ya era inútil, saltó ágilmente de costado. Los soldados, por el impulso que llevaban, se fueron contra la mesa mientras el terrícola ganaba la escalera del sótano y la ascendía a grandes trancos.

A sus espaldas dejaba una confusión indescriptible formada de gritos, órdenes y disparos que ya no podían alcanzarle.

Por la escalera, que era de piedra y parecía dar vueltas en el interior de un torreón, Miguel Ángel fue a desembocar en un ancho corredor abovedado por el cual, atraídas por el ruido de los disparos, venían dos amazonas armadas de fusiles. El joven retrocedió de un salto y volvió a la escalera, siguiendo esta hacia arriba hasta un piso en el que había establecido un puesto de mando o algo así.

En el puesto de mando, donde se veía un transmisor de T.S.H., un par de máquinas telegráficas y algunos toscos y primitivos teléfonos, los oficiales y operadores se volvieron sorprendidos hacia el fugitivo que pasaba como una saeta a través de la habitación para ganar la escalera que continuaba en el extremo opuesto.

Con el corazón golpeándole brutalmente en el pecho, Miguel Ángel siguió subiendo escalones de tres en tres hasta un segundo piso que era, indudablemente, un verdadero puesto de mando y observación.

Allí se veía una mesa cubierta de mapas, un par de teléfonos y

tres o cuatro telescopios montados sobre trípodes y apuntados al exterior por las troneras del macizo muro.

El terrícola atravesó a la carrera esta segunda habitación derribando al paso a una muchacha que vestía uniforme verde, y se lanzó hacia la escalera.

Allí había una sólida puerta de madera blindada exteriormente con planchas de acero. Miguel Ángel, se entretuvo un instante cerrándola, pero comprobó con desencanto que no tenía pestillo por la parte de afuera.

Dos saltos más le llevaron hasta la plataforma almenada del torreón. Allí había una ametralladora antiaérea y un par de amazonas tocadas con casco de acero puntiagudo que se irguieron mirándole con ojos desorbitados de asombro.

Por encima del torreón, a unos miles de metros de altura, estaba suspendido tranquilamente el aparato “Omega” del capitán Abel Wantrous.

Miguel Ángel se abalanzó contra las dos muchachas-soldado. A la primera la derribó de un empujón, a la segunda, de un puñetazo en la barbilla. Mientras las dos amazonas rodaban por el suelo, el terrícola levantó una caja de munición en peines metálicos y la lanzó por el hueco de la escalera.

Fue un golpe de fortuna. La caja quedó atascada entre el último peldaño del rellano y la puerta que estaba abriéndose hacia afuera. El tropel de soldados y oficiales que venían en persecución del fugitivo, no pudieron pasar por el estrecho resquicio que quedaba entre la puerta y el muro.

Mientras forcejeaban, Miguel Ángel lanzó otra caja. Luego le tiró una tercera caja a la cabeza de una de las amazonas que se incorporaba. Se puso a pelear a puñetazos con la segunda muchacha. Era una mujer alta, fuerte y dotada de músculos de atleta.

Desde mil metros de altura, el capitán Wantrous vio a las figurillas que peleaban sobre la plataforma del torreón y tuvo una intuición. Inmediatamente empinó la popa del “Omega”, y se lanzó en picado sobre la plataforma.

Miguel Ángel, sin dejar de luchar, atrajo a la amazona hacia el hueco de la escalera. Luego, de un certero puñetazo en la nariz, la lanzó de espaldas por la escalera contra la puerta blindada.

La muchacha se dio un golpe terrible con la cabeza, perdió el sentido y quedó sirviendo de cuña a la puerta.

La otra amazona se incorporaba penosamente con la cara llena de sangre. Tenía ganas de luchar. Miguel Ángel le golpeó con el puño izquierdo en la boca del estómago. Luego, cuando ella se inclinaba le asestó un gancho en la barbilla.

La joven retrocedió dando traspiés, tropezó con una de las cajas de munición y cayó de espaldas, dándose con la nuca en el piso. No volvió a dar señales de vida.

Miguel Ángel hizo señas a Wantrous para que se apresurara, y luego fue a asomarse a la escalera, extrañado de la tardanza de sus persecutores. Fue entonces cuando vio la forma en que la caja y la soldado hacían de cuña, y se felicitó por su suerte.

El “Omega” tripulado por el capitán Wantrous bajó como una centella. Cuando parecía inminente que se estrellara contra el suelo, el piloto encendió los proyectores de la proa y el “Omega”, frenado violentamente, se dejó caer sobre la plataforma del torreón contra la ametralladora, la cual aplastó con gran estrépito.

Fue cuestión de dos segundos que Miguel Ángel Aznar se introdujera por la escotilla posterior que ya estaba abierta. Apenas tenía medio cuerpo dentro, Wantrous encendió los proyectores de la quilla. El “Omega”, cabalgando sobre dos brillantes rayos de “luz sólida”, se elevó como un cohete en el espacio.

Miguel Ángel, aplastado contra el piso del aparato por la fuerza de gravedad, quedó un minuto sin respiro.

De pronto, un dardo de luz amarillo-brillante brotó del piso de la cabina y salió en diagonal a través de la cubierta de cristal.

—¡Cuidado, Wantrous! —gritó el almirante—. ¡Nos están disparando con la pistola eléctrica!

Wantrous, soltando sapos y culebras por su boca, movió las palancas de forma que el aparato oscilara graciosamente a un lado y otro. Como pudo, Miguel Ángel acabó de entrar y cerró la puerta. El “Omega”, balanceándose como una mecedora, volaba ya hacia adelante con creciente rapidez.

Miguel Ángel llegó hasta el asiento contiguo al de Wantrous y se dejó caer en él con un suspiro de inefable alivio. Miró a Wantrous, que llevaba una venda manchada de sangre alrededor de la cabeza, Wantrous le miró también y muy serio gruñó:

—¡Hola!

—¡Hola! —contestó el almirante.

—Bonita forma de terminar un idilio, saliendo por los tejados de la casa —refunfuñó Wantrous—. La próxima vez que venga usted en misión especial le acompañará su tía. En lo que a mí respecta… ¡una y no más!

—Reconozco que tiene usted toda la razón del mundo, Wantrous. Fue una necedad imperdonable hacerle creer a Milvana que era dueña de la situación con aquella pistola en la mano. A la postre, la broma se convirtió en realidad. ¿Pero qué tiene usted en la cabeza?

Wantrous contó cómo le habían lanzado una bomba de mano dentro de la cabina. Al recobrar el conocimiento estaba volando fuera de la atmósfera.

—La brusquedad de la arrancada debió de cerrar la portezuela de golpe. De lo contrario me habría muerto por falta de oxígeno y a estas horas estaría volando camino de la Eternidad.

Al recobrar el sentido, lo primero que hizo Wantrous fue soltar unas cuantas maldiciones más pintorescas. Luego empezó a frenar, se lió una venda a la cabeza y llamó por radio al autoplaneta “Santa Fe” para dar cuenta de lo ocurrido.

—Supongo —dijo Miguel Ángel— que los de allá armarían un escándalo.

—Se pusieron como no puede imaginar. Me ordenaron volver inmediatamente aquí y mandarlo todo a paseo con una bomba si las amazonas no entregaban la pistola y le dejaban en libertad a usted. Sobre todo —subrayó Wantrous— si no devolvían la pistola.

Después de lo cual, Wantrous volvió con el “Omega” a la atmósfera de Atioquita, “viéndoselas negras para encontrar aquel maldito país”.

—Cuando usted apareció en el torreón me disponía a lanzar un ultimátum por medio del amplificador —terminó diciendo.

—Yo reconocí la sirena y pude escapar. Desgraciadamente no conseguí rescatar la pistola.

—Entonces debemos volver al castillo. Tengo que dejar aquello más llano que la palma de mi mano. Yo les enseñaré a esos tipos a tirarme bombitas ¡a mí! Con la que yo les suelte no van a quedar ni los rabos de las lagartijas en veinte kilómetros a la redonda.

CAPÍTULO VI

MIGUEL Ángel Aznar señaló el agujero del transparente de la cabina.

—Milvana tiene ahora mi pistola —apuntó—. Y sabe utilizarla. Si volvemos allá disparará contra nosotros.

—¡Tonterías! A treinta mil metros de altura no hay lince que pueda vernos desde tierra. Las amazonas no tienen radar, al menos que sepamos. Ni nos verán a nosotros ni a la bomba. Pasarán a mejor vida sin darse cuenta siquiera.

—Wantrous —dijo Miguel Ángel serenamente—. No podemos asesinar a esa pobre gente como si fueran ratas. ¿Quién le ordenó semejante barbaridad?

—A mí me ordenaron que recobrara la pistola a cualquier precio. O, en su defecto, que la destruyera A CUALQUIER PRECIO.

—Bueno; yo no estaba delante cuando usted recibió esa orden. Pero como he vuelto a mi puesto y soy el jefe, asumo toda la responsabilidad. No arrojaremos ninguna bomba atómica contra nadie ¿se entera?

El capitán se encogió de hombros en un gesto que quería decir: “a mí me da igual”. Sin embargo, se permitió recordar al almirante algo que éste parecía no tener en cuenta. Ahora que tenía la pistola de “luz sólida”, Milvana la utilizaría para defenderse de los “girkas”.

—Los “girkas” —añadió Wantrous— no pueden ser nadie más que nuestros viejos conocidos los nahumitas. Los nahumitas, seguramente, ni tienen la “Luz Sólida”, ni saben que exista. Pero si ven funcionando esa pistola contra ellos y comprueban sus efectos destructores se sentirán inmediatamente picados de curiosidad y harán cualquier cosa por capturarla. Si la capturan, no va a serles muy difícil copiarla pieza por pieza. Poseen conocimientos técnicos y científicos suficientes para poder hacerlo… y lo harán con toda

seguridad. Ésta es la razón por la cual hemos de impedir que los indígenas utilicen la pistola contra los nahumitas.

—Recuperaremos la pistola… a mi manera. Yo asumo toda la responsabilidad —dijo Miguel Ángel.

—Muy bien, usted manda. ¿Para dónde vamos?

Miguel Ángel le ordenó volver atrás y descender sobre las montañas. Se apostarían en un puesto de observación todo lo cerca posible de Olano y del castillo. Durante la noche, equipado con el “back” y armado de la segunda pistola eléctrica, Miguel Ángel volvería al castillo y trataría de recuperar el arma de “luz sólida”.

Wantrous hizo descender el aparato sobre las montañas que cerraban el fértil valle, por el lado contrario a la ciudad. Desde las montañas hasta muy próximo al río, el terreno estaba formado de pequeños cerros cubiertos de bosque.

Volando a ras de las copas de los árboles y serpenteando a veces por entre la depresión de los cerros, Wantrous guió la aeronave hasta un punto que sólo distaba unos seis kilómetros de la ciudad y del castillo.

—Aquí estaremos bien —dijo Miguel Ángel—. Meta el aparato bajo los árboles.

Miguel Ángel extrajo un telescopio de un armario, buscó un lugar apropiado en la ladera del cerro que miraba al río y montó el telescopio sobre un trípode.

El telescopio era lo suficiente potente para acercar las imágenes como si estuviera a sólo quinientos metros de distancia. Con él, Miguel Ángel podía ver a los soldados que estaban sobre el torreón del castillo, oteando en todas direcciones con largos catalejos.

Apuntando hacia la ciudad, el terrícola podía ver asimismo a los artilleros de una pieza antiaérea moviéndose alrededor de su cañón y a los tripulantes de los barcos que estaban atracados a los muelles haciendo preparativos para largar amarras.

Olano, por lo que podía observarse, había sido evacuado durante todo el día anterior. Casi todos los vapores se marcharon río abajo durante la mañana. En cambio, llegaban incesantemente a la ciudad tractores remolcando cañones y numerosos contingentes de tropas a pie que entraron en la ciudad o fueron a apostarse en los alrededores.

Los automóviles que vieron, eran pocos y toscamente

construidos. Algunos de ellos hacían constantes viajes de la ciudad al castillo y del castillo a la ciudad, como si transportaran generales o llevaran despachos militares.

En un aeródromo próximo, se alineaban listos para despegar hasta un centenar de cazas reactores. Todo parecía indicar que las amazonas esperaban de un momento a otro la llegada de los corsarios “girkas”. Y no era necesario ser un lince para comprender que las belicosas mujeres de Nabistán, habían preparado una trampa al enemigo.

—Han sustituido a los habitantes de la ciudad por tropas bien armadas y han concentrado en los alrededores a la artillería antiaérea. Cuando los “girkas” caigan sobre Olano creyendo que van a sorprender a los indígenas, serán sorprendidos a su vez por el fuego de la artillería y las puntas de las bayonetas que les estarán esperando abajo —murmuró Miguel Ángel.

—Pero esas pobres chicas ¿se creerán que sus cañones ni sus bayonetas puedan afectar lo más mínimo a los nahumitas?

—Bueno —dijo Miguel Ángel—. Todavía no sabemos si son nahumitas en realidad.

—¡Oh, pues claro que lo son! Y traerán consigo sus reactores de “rayos Z”, como es natural. En como esos cañones empiecen a crear dificultades a los nahumitas, éstos les asestarán sus “rayos Z” y los desintegrarán en un segundo. Eso es lo que va a pasar.

Miguel Ángel se mordisqueó nerviosamente las uñas. Le tenía perplejo la actitud de las amazonas. Si los “girkas” eran los nahumitas, éstos traerían sus proyectores de “rayos Z”, como era lógico.

Los “rayos Z” tenían la propiedad de someter a todos los metales a una vibración tan violenta que acababan por romper la fuerza de cohesión molecular disgregando sus átomos en medio de una explosión. ¿Cómo era posible que las amazonas ignoraran un arma tan antigua?

La respuesta solamente podía ser una; los “girkas”, en sus anteriores incursiones sobre este planeta, no habían utilizado jamás sus “rayos Z”. Quizá no necesitaron emplearlos contra una nación primitivamente armada. Por lo que Miguel Ángel sabía, la última vez que los “girkas” efectuaron un “raid” sobre Atioquita, no encontraron más oposición que la de unos millares de toscos

trabucos y unos cuantos cañones de bronce que disparaban bolas de hierro, clavos y pedazos de piedra.

Los “girkas” seguramente considerarían innecesario alarmar a los atioqueños con la terrible eficacia de sus “rayos Z”. Quizá los nativos hubieran buscado a partir de entonces una materia capaz de resistir a los “rayos Z”, y la hubieran hallado en el cristal por ejemplo. O en la misma “dedona” que debía existir en abundancia enterrada a poca profundidad en el suelo de su planeta, ya que la Bestia Gris habitó durante siglos en Atioquita y debían quedar restos de sus aeronaves y sus armas construidas de “dedona”.

De cualquier forma, los atioqueños habían fabricado todas sus armas de acero. Y el acero se desintegraría en humo al contacto con los “rayos Z” de sus enemigos. ¡Buen chasco se iban a llevar aquellas pobres gentes! Durante los últimos cincuenta años, lo habían sacrificado todo para crear un ejército moderno, capaz —así lo creían ellos— de vapulear a los “girkas” en su próxima visita. ¿Cuáles serían sus sentimientos al ver saltar sus cañones, sus fusiles y sus aeroplanos bajo la mortal caricia de los “rayos Z” nahumitas?

—Wantrous —dijo el almirante—. No está bien esto que vamos a hacer. Aun sin saber por qué vienen los nahumitas a este planeta de vez en cuando, nuestro deber consiste en proteger a esos infelices. Nuestra Armada debería estar aquí dispuesta a defender a los indígenas de sus poderosos enemigos.

—Bueno —contestó Wantrous—. Tampoco nosotros estamos en condiciones de arriesgar el tipo en un encuentro con los nahumitas. Sobre todo, sin saber cómo han progresado los nahumitas en los cuatro mil años que no sabemos de ellos. En ese tiempo pueden haber descubierto también la “luz sólida”. Además; todo ha ocurrido endemoniadamente aprisa. Incluso si optáramos por intervenir ahora mismo, tendríamos que esperar tres o cuatro días a que llegaran nuestros buques.

Miguel Ángel siguió observando a través del telescopio. Wantrous volvió al aparato para proceder a taponar los agujeros que abriera la pistola eléctrica en manos de las amazonas. Al cabo de un rato salió de la cabina para anunciar que el radar registraba la presencia de una flota aérea que se encontraba a 100 kilómetros de altura sobre la vertical.

—Son los “girkas” —murmuró Miguel Ángel. Y entró en el

“Omega” para inclinarse sobre la pantalla del radar.

Wantrous señaló la conveniencia de equiparse con las armaduras de “diamantina”. Se enfundaron en sus recios trajes de cristal mientras la flota invasora —cincuenta aparatos— descendía verticalmente sobre la capital del reino de Nabistán.

Miguel Ángel, además, se echó al cinto la pistola eléctrica de Wantrous antes de volver junto al telescopio. Muy lejos, en la cima de una alta montaña, centelleó un heliógrafo que transmitía un indescifrable mensaje.

Los terrícolas supusieron la existencia de algún observatorio astronómico en aquella montaña y acertaron. La señal fue vista simultáneamente por los vigías de la ciudad y los observadores del castillo.

Las tropas apostadas en un cinturón alrededor de la ciudad empezaron a moverse. Los artilleros corrieron junto a sus cañones y todos quedaron a la expectativa. Iba a comenzar la batalla.

Siguieron unos minutos de espera. Del aeródromo empezaron a despegar los aviones.

—¡Ahí están! —señaló Wantrous hacia el cielo.

La flota invasora descendió rápidamente sobre la ciudad. A medida que bajaban los buques siderales se les veía mejor en todos sus detalles. Eran destructores siderales del mismo tipo que utilizaba la Armada Terrícola cuatro mil años atrás, un modelo ya en desuso, que imitaba la forma de los tiburones de los mares terrestres.

—¡Caray! —exclamó Wantrous—. Los nahumitas no han hecho grandes reformas en su Armada Sideral. La última vez que vi un destructor de ese tipo, fue en el Museo Arqueológico de Ascrea.

Y los dos terrícolas se quedaron mirando aquellos buques que tantos y tan nostálgicos recuerdos traían a su memoria.

Los destructores bajaron del cielo y cuando todavía se encontraban a ocho mil metros de altura, soltaron por la quilla sendos chorros de objetos que brillaban al sol y resultaron ser tropas equipadas de “back” y armaduras de cristal como las que vestían Miguel Ángel y Wantrous.

Los “girkas”, después de descender verticalmente un par de millares de metros, salieron suavemente de su vertiginoso picado y evolucionaron girando en espiral como un enjambre de avispas

sobre la ciudad.

De pronto, las baterías antiaéreas de Olano rompieron a disparar todas a la vez con terrible estruendo. Las ametralladoras abrieron fuego a su vez desde las azoteas de los edificios y todo el cielo se llenó en un instante de las nubecillas negras de las granadas y el trazo humeante de las rastreadoras.

Algunos “girkas”, alcanzados de lleno por las granadas cayeron desde las alturas dando grotescas volteretas. Una escuadrilla de reactores pasó por encima de donde estaban los terrícolas, ganando altura para atacar a los destructores siderales que seguían bajando hacia la ciudad.

—¡Oh, ya está… lo que me temía! —gritó Wantrous dando una patada en el suelo.

Miguel Ángel miró hacia el castillo del otro lado del río. Del torreón, prologándose en el espacio desde una de las troneras, salía una delgada y rígida barra de luz amarillo brillante que fue a asestarse contra uno de los buques siderales atacantes.

—¡Nuestra pistola eléctrica! —masculló Miguel Ángel—. Esa loca de Milvana la está utilizando contra los aparatos nahumitas.

La barra de luz, que era muy visible incluso a pleno sol y entre las nubecillas de las granadas antiaéreas, se clavó en el destructor sideral como una aguja dorada de un naturalista que se clava en un escarabajo. A lo pronto no ocurrió nada, pero Wantrous murmuró:

—Si le acierta en los motores y estalla no va a quedar aquí títere con cabeza.

—Refugiémonos en el aparato —dijo Miguel Ángel.

Los dos hombres echaron a correr introduciéndose en la cabina del “Omega”. Wantrous polarizó los cristales apresuradamente.

En aquel instante ocurrió lo que estaban temiendo. El rayo de “luz sólida”, a fuerza de insistir, alcanzó al destructor en los motores atómicos.

El buque estalló como una bomba atómica. Un inmenso globo de fuego crepitó en el espacio arrojando una luz blanca, enceguecedora, que aniquiló a la propia luz del sol envolviéndolo todo en un espectral resplandor.

Una onda de intenso calor llegó hasta el suelo, seguida a continuación de la onda expansiva. Un trueno terrible y prolongado hizo temblar la tierra mientras la masa de aire desplazada por la

explosión, asestaba un brutal mazazo contra la tierra, hundía las casas de Olano, hacía rodar por el suelo a las personas y estrellaba contra el suelo a la mayoría de los “girkas” que volaban equipados de “backs”.

Finalmente, la onda llamada “de succión”, arrancó todas las puertas y ventanas de la ciudad, se llevó las techumbres y provocó el derrumbamiento de las dos terceras partes de las casas de Olano. El mismo aparato “Omega” de los terrícolas, aunque pesaba varias toneladas en aquel instante, fue zarandeado, arrastrado y golpeado contra los árboles.

Al incorporarse instantes más tarde y hacer transparentes los cristales de la cabina, los terrícolas pudieron ver el inmenso hongo radioactivo que se formaba sobre sus cabezas. El día se había tornado súbitamente gris y Olano, al otro lado del río, desaparecía envuelto en una gigantesca nube de humo y polvo, entre el que se veía brillar el resplandor de los incendios y el fogonazo de las municiones que estallaban.

—¡Muy bien! —rezongó Wantrous—. Las amazonas aprenderán así a no citar cataclismos cuya fuerza no puedan prever. Mire, la ciudad ha quedado completamente arrasada.

Pero el almirante sólo dedicó una ojeada a la ciudad. Sus ojos estaban fijos con ansiedad en la casa-fortaleza del cerro. La casa no se veía a través del humo y del polvo.

Miguel Ángel tuvo una inspiración. Encendió el receptor de radio de a bordo. Casi inmediatamente captaron una enérgica interpelación en lengua nahumita. Un jefe de la flota invasora preguntaba de dónde había salido el rayo amarillo que estuvo asestado contra el destructor un minuto antes que estallara.

Varios testigos coincidieron en asegurar que habían visto salir aquel rayo de un castillo que estaba sobre un cerro, junto al río y a unos siete kilómetros de la ciudad.

Mientras se cruzaban estos mensajes, hubo una interferencia de cierto comandante que aseguró estaba siendo “acribillado” por un delgado y penetrante rayo de luz amarillo-brillante. El rayo, informó, había atravesado varias veces de parte a parte el casco de “dedona” de su buque, matando a un par de tripulantes que se encontraban en la trayectoria del mismo.

—Ahora sí que estamos listos —murmuró Wantrous—. Verá

usted cómo investigan a conciencia el asunto.

Y en efecto, como un eco de las palabras de Wantrous, el jefe nahumita ordenó la retirada de la Flota en tanto un destacamento de Infantería aérea se acercaba al castillo y averiguaba quiénes manejaban aquel rayo misterioso.

Wantrous y Miguel Ángel cambiaron una mirada de angustia.

—Vamos a tener que intervenir —dijo Miguel Ángel—. No hay más remedio.

—Lo cual —comentó Wantrous— estaba usted rabiando por hacer desde que aparecieron esos destructores nahumitas. Bueno, vamos donde usted quiera. Después de todo, los “girkas” parece ser que ven ahora por primera vez un rayo de Luz Sólida.

Los dos hombres ocuparon sus asientos. Antes de salir del escondrijo, sin embargo, esperaron a que la escuadra nahumita se alejara a toda prisa. Luego Wantrous guió al “Omega” hasta el río y siguiendo el curso de este hacia arriba se acercaron cautelosamente a la casa-fortaleza.

El castillo, que había sufrido algunos desperfectos, estaba ardiendo por uno de sus costados. En aquel momento, un centenar de “girkas” equipados de “back” y armadura picaban como águilas desde las alturas sobre el edificio.

De diversos puntos del castillo, las ametralladoras antiaéreas empezaron a disparar contra los atacantes. De pronto, por una de las troneras del torreón, salió el dardo fino y tenso de la pistola de “luz sólida”.

Media docena de “girkas”, alcanzados por el rayo de la pistola, se descolgaron de las alturas dando volteretas para ir a estrellarse contra el suelo.

El resto de la formación se dispersó y rodeó al castillo por todas partes. Los “girkas” empezaron a disparar con sus pequeñas ametralladoras contra el torreón. Disparaban con diminutas balas atómicas, y cada proyectil al pegar contra los muros de sillares, arrancaba de éstos pedazos de granito.

Después de varios disparos, un proyectil atómico penetró en el primer piso por una de las troneras. Por todas las restantes troneras salieron nubes de polvo y humo. La pistola eléctrica no volvió a disparar.

En este momento intervino el “Omega”.

Sobre un botón del tablero de instrumentos había una pequeña placa con una indicación: “aire-a-aire”. Miguel Ángel Aznar apretó resueltamente aquel botón. Los veinticuatro pequeños proyectores de la proa del aparato se encendieron a la vez y, apuntados por radar automáticamente, giraban en todas direcciones lanzando un haz de rayos amarillos que se cruzaban como espadas flamígeras derribando “girkas” a diestra y siniestra con la velocidad del relámpago.

En un instante, el cielo quedó limpio de enemigos. Los proyectores, entonces, se volvieron hacia la escuadra nahumita que se encontraba a cincuenta kilómetros de distancia y treinta de altura.

La distancia era demasiado grande para que la vista pudiera ver los aparatos nahumitas. Pero la distancia, el humo y la misma enrarecida atmósfera, no eran obstáculos para el radar que controlaba el tiro de los proyectores. Los rayos de “luz sólida”, atravesando el espacio como lanzas, alcanzaron a la escuadra “girka” y saltaron velozmente de una aeronave a otra.

Cada impacto de “luz sólida” abría un agujero de entrada y otro de salida en el casco de los buques siderales. Atravesados por aquellas asombrosas lanzas luminosas, los “girkas” vieron saltar uno tras otro sus buques en medio de enceguecedoras explosiones atómicas.

Ni siquiera llegaron a comprender lo que ocurría. En un minuto, los destructores habían recibido tantas lanzadas de luz que quedaron prácticamente convertidos en coladores. A treinta mil metros de altura el oxígeno no existía en la práctica. El aire de las cabinas escapaba por los agujeros del casco. Los astronautas “girkas” morían por doble acción de la asfixia y la descompresión rápida. Cuando los rayos de luz tocaban en alguna parte vital de los aparatos, los motores atómicos explotaban como bombas y hacían explotar a su vez la munición atómica de a bordo.

Desde el “Omega”, los terrícolas no podían ver todo esto. Pero sabían cómo actuaban sus rayos sólidos y, por otra parte, veían brillar no muy lejos las explosiones atómicas en un largo, continuo y horrísono trueno.

Cuando todo terminó, los proyectores volvieron por sí solos a la posición de “parada”; esto es, apuntando recto hacia adelante.

Wantrous apagó los proyectores.

—Su Excelencia está servido —dijo irónicamente—. Ya “hemos intervenido”.

—Aterrice junto al castillo —le ordenó Miguel Ángel—. Voy a asomarme al torreón para ver qué ha ocurrido.

Wantrous gruñó desaprobadoramente mientras apretaba el botón que abría la portezuela de popa. Miguel Ángel, empuñando la pistola eléctrica, saltó a tierra. Accionó los botones incrustados en el muslo de su armadura y se elevó en el aire.

Fue a aterrizar sobre la misma plataforma del torreón donde aquella mañana luchó contra las amazonas. Junto a la ametralladora antiaérea yacían tres cadáveres destrozados por las balas atómicas de las ametralladoras “girkas”. Por el hueco de la escalera surgían torrentes de humo. Este humo, entrando en el interior de la escafandra, hizo toser y lagrimear a Miguel Ángel.

El terrícola abrió la espita de los depósitos de oxígeno de su armadura y ya respirando aire puro se asomó a la escalera. Vio que todo el piso del puesto de mando se había derrumbado sobre el piso inmediato inferior, que era aquel donde estaban los aparatos de transmisiones. Se había declarado un incendio y entre las llamas, el humo, las vigas y los cascotes se veían algunos cuerpos humanos.

Sirviéndose de un “back” como de un ascensor, Miguel Ángel descendió por el interior del torreón. Miró a los cuerpos de mujeres aprisionados entre los escombros. Algunas se movían y una de éstas, que vestía destrozada casaca roja, pugnaba por salir de debajo de un grueso madero.

Era Milvana, la Reina de las Amazonas. Junto a ella estaba la pistola eléctrica.

Miguel Ángel recogió la pistola, se la introdujo entre el cinturón y la armadura y levantó la viga por un extremo echándola a un lado. Luego asió a Milvana por debajo de los brazos y tiró de ella hasta ponerla en pie. Sus ropas humeaban y el terrícola la azotó con sus guantes de vidrio para apagarlas.

—Vaya hacia la escalera —le ordenó secamente—. Voy a ver si saco a alguien más.

—Yo le ayudaré —contestó ella con voz débil.

Entre los dos rescataron a otras cuatro mujeres de entre los escombros. El traje incombustible del terrícola permitía a este

moverse de un lado a otro por entre las llamas. Milvana desobstruyó la escalera y arrastró hacia allí a un par de sus generales.

Miguel Ángel siguió trabajando entre el fuego salvando otras dos muchachas. Pero entonces, el fuego había tomado tal incremento que no era posible quedara nadie más con vida entre los escombros. El terrícola bajó por la escalera desobstruida reuniéndose con Milvana y las amazonas en aquel pasadizo largo y abovedado que viera en el momento de su fuga, aquella misma mañana.

El almirante miró a los rostros tiznados y ensangrentados de las amazonas. La impresión inmediata que se deducía de su actitud era que se sentían tremendamente asustadas.

—Bien —dijo Miguel Ángel Aznar—. Acaban ustedes de tener su primera experiencia atómica. Naturalmente, todas ustedes habrán recibido una dosis mortal de radioactividad.

Las mujeres miraron al terrícola sin comprender.

—¡Claro, no saben lo que es una explosión atómica ni tienen idea de la radioactividad! —murmuró Miguel Ángel—. El caso es, amigas mías, que por el simple hecho de haber estado expuestas al resplandor de la explosión de la aeronave Girka y por respirar el aire que ahora están aspirando han recibido ustedes unas lesiones internas de tal magnitud que habrán de morir irremisiblemente en el plazo de treinta días.

Las amazonas miraron al joven con aires de incredulidad. Se palparon a fin de asegurarse que no estaban heridas.

Miguel Ángel les explicó brevemente que sus heridas no eran visibles, pero no por ello menos graves que si lo fueran. Dentro de algunos días, quizá de unas horas, empezarían a sufrir vómitos y mareos. Mientras ellas se creían sanas la radioactividad iría destrozando los glóbulos rojos de su sangre. Empezaría a caérseles el cabello. Y finalmente, morirían. Podían creerle o no, pero la verdad era que sólo les quedaba un recurso para salvar sus vidas; tomar ciertas píldoras que él les daría y acompañarle hasta los autoplanetas terrícolas para ser sometidos a un tratamiento especial.

Milvana II miró con desconfianza al terrícola.

—¿No estará usted inventando un pretexto para hacer que yo le acompañe hasta esos autoplanetas? —preguntó.

Y Miguel Ángel contestó:

—Si yo quisiera llevarla prisionera hasta nuestros autoplanetas podría hacerlo apuntándole a la espalda con mi pistola. Es cierto que me complacería en extremo llevarla conmigo para que viera nuestras ciudades y aprendiera a conocernos mejor. Pero si usted no quiere venir por su propia voluntad, yo no la obligaré a ello.

—¿Cuándo hemos de emprender el viaje? —preguntó Milvana, todavía dando muestras de vacilación.

—En seguida, ahora mismo. Hemos aniquilado a la escuadra Girka con nuestros rayos y temo que a partir de ahora se empeñen en darnos caza. Nosotros solos, con nuestro pequeño aparato, no podemos hacer frente a los miles de torpedos atómicos que los Girkas nos lanzarán. Ellos conocen ahora la existencia de la Luz Sólida y no repararán en gastos para conseguir una muestra de nuestras armas.

Milvana II se volvió hacia sus amazonas.

—No vaya, Majestad —le contestó una de las generalas.

—¿Por qué no? —contestó la joven reina—. Acabamos de ver los efectos de una explosión atómica. Si los Girkas son capaces de lanzar bombas que exploten como ha explotado su buque, ¿qué podremos hacer contra ellos? Una sola bomba ha destruido Olano. Con una bomba para cada una de nuestras ciudades los Girkas pueden hacernos trizas y desmantelar nuestro país en una hora. No podremos impedir que hagan esclavos entre nuestras mujeres y hombres jóvenes. Y luego que se hayan marchado ¿en qué situación quedarán los que se salven de la esclavitud? Luego vendrán los terrícolas, también con sus bombas atómicas y sus rayos que lo atraviesan todo, y acabarán de destruir lo poco que haya quedado en pie. Somos un pueblo débil e indefenso, inmensamente atrasado respecto a nuestros poderosos enemigos. Iré a pactar con los terrícolas. Si al menos alejan a los Girkas y salvan nuestras ciudades y nuestras fábricas, Nabistán podrá seguir existiendo aunque sea sometido a los dictados de nuestros conquistadores terrícolas. De éstos al menos tenemos una promesa y una esperanza. ¿Pero qué cabe esperar de los Girkas?

Las viejas amazonas inclinaron la cabeza con gesto fatalista. Tanta tristeza y amargura expresaban sus rostros que el almirante Aznar sintió el impulso de animar sus espíritus describiendo para

ellas las grandezas de la nación terrícola que les tomaría bajo su protección. Pero como el tiempo apremiaba y ya había hablado anteriormente de ello a las amazonas, Miguel Ángel suplió cuanto pudiera decir de agradable con una sonrisa optimista.

—¿Puedo llevar a alguien conmigo? —preguntó Milvana al terrícola.

El almirante le dijo que podía hacerse acompañar de un ayudante, a lo sumo. El "Omega", era un aparato de cuatro plazas. Y antes de zarpar todavía tenían que capturar al menos a un "girka" para llevarlo prisionero a los autoplanetas.

Milvana II designó a una muchacha alta y atlética, de facciones enérgicas y agradables que vestía uniforme verde. El resto del grupo acompañó a la Reina hasta el "Omega" que aguardaba afuera, con el capitán Wantrous mascullando maldiciones.

Mientras Milvana se despedía de sus generales y ayudantes, distribuyendo órdenes e instrucciones acerca de lo que deberían hacer durante su ausencia, Miguel Ángel voló rápidamente alrededor del castillo deteniéndose a inspeccionar más de una veintena de cadáveres "girkas".

Finalmente encontró uno a quien los rayos de "luz sólida" habían destrozado el "back" precipitándole al suelo desde una altura bastante respetable. El "girka" o nahumita, yacía de espaldas profiriendo lastimeros quejidos. Al parecer tenía rotas algunas costillas.

Miguel Ángel lo llevó por el aire hasta el "Omega", donde Wantrous se hizo cargo de él. Las amazonas besaron la mano de Milvana.

—En cuanto a ustedes —les dijo Miguel Ángel— volveremos a tiempo para curarles de su enfermedad radioactiva. Les aconsejo que evacuen esta zona rápidamente. No toquen nada ni se lleven nada de aquí, ni siquiera las armas de los Girkas que encontrarán muertos. Todo está impregnado de radioactividad.

Después de lo cual, el almirante subió al aparato detrás de Milvana y cerró la portezuela. El aparato despegó inmediatamente.

CAPÍTULO VII

Al elevarse por encima de la atmósfera los tripulantes del “Omega” divisaron la flota de los autoplanetas nahumitas que estaba anclada en una órbita de satélite alrededor de Atioquita. Los autoplanetas eran de forma esférica, de unos seis kilómetros de diámetro. Wantrous contó sesenta y exclamó:

—¿Será posible que los nahumitas hayan pensado en llenar esos autoplanetas de esclavos? En cada una de esas esferas deben de caber dos millones largos de pasajeros.

Miguel Ángel volvióse hacia la Reina. Ella vivía en estos momentos una experiencia inolvidable; aquella en que la criatura humana, nacida en el fondo de la envoltura gaseosa de un planeta, se asomaba por primera vez a la inmensidad aterradora del vacío interestelar y comprobaba de pronto cuán ridícula era su propia pequeñez frente a la grandiosidad sin límites de la obra de la Creación.

Miguel Ángel respetó el silencio de la joven. Tenía otras cosas que atender, y el prisionero nahumita era una de estas cosas. Le quitó la astillada armadura de cristal y le hizo un reconocimiento. El nahumita todo era quejarse y no hacía más que preguntar:

—¿Quiénes son ustedes? No me matarán. ¿Verdad que no me matarán?

Y tantas veces repitió la cantinela mientras le curaban que Miguel Ángel acabó por decirle:

—Amigo, tiene usted mucho miedo a la muerte.

—La muerte es horrible —aseguró el nahumita.

—Sin embargo no vacilan ustedes en darla a los desgraciados indígenas.

—Es ley de vida. En este mundo, vivir significa matar. La misma Naturaleza lo dispuso así al crear a seres más débiles y más fuertes. En la selva, el fuerte vive a expensas del débil. Y el débil, a su vez,

tiene que buscar a otro más débil para comérselo.

—Pero eso es en la selva, amigo. Las personas no somos fieras que tengan que comerse unas a otras para poder vivir.

—Comer comer, no tenemos que comernos unos a otros —contestó el prisionero—. Pero si uno quiere sobrevivir tiene que quitarle a otro su cuerpo y meterse en él ¿no es cierto?

Miguel Ángel se quedó mirando al herido. Una idea atroz se abría paso en su cerebro. Pero era un pensamiento tan horripilante que no podía admitirlo. Sin embargo existían precedentes. Y preguntó:

—¿Qué está diciendo usted, desdichado?

El nahumita era ahora el sorprendido.

—Ustedes deben ser terrícolas —apuntó.

—Lo somos, sí. Y usted sólo puede ser nahumita —contestó Miguel Ángel con frialdad.

El nahumita adoptó una actitud cautelosa.

—¿Cristianos? —murmuró—. A lo mejor son capaces de no… ¡Pero eso es imposible! Ustedes, como nosotros, deben estar practicando hace tiempo el cambio de cerebros ¿verdad?

Impulsivamente el terrícola alargó sus dos manos asiendo al prisionero por la garganta.

—¡Canalla! —rugió—. Algo así estaba figurándome… pero no podía creerlo. ¡Cambio de cerebros! ¡Maldito, te voy a…!

El nahumita, asiéndose desesperadamente a las muñecas del terrícola, empezó a chillar como una rata pidiendo por compasión que no le matara. Pero sus gritos cobardes, lejos de mover a compasión a Miguel Ángel no hacían sino despertar en éste un deseo más ciego de acabar con la vida de aquel miserable. El nahumita, agudizando su ingenio en el póstumo segundo de vida, recurrió a la estratagema de gritar:

—¡Eres cristiano…! No puedes matarme. ¡Tu Dios… te castigará!

Las manos del terrícola aflojaron su presa alrededor de la garganta nahumita.

—Habla, maldito —rugió Miguel Ángel zarandeándole.

Y el nahumita habló. Temblando de terror, bajo la mirada del almirante terrícola, confesó la más horrible y sacrílega de las verdades.

El cambio de cerebros de un cuerpo a otro era un experimento

muy antiguo entre la Bestia Gris. Esta habilidad quirúrgica de los thorbod había contribuido en gran manera al extraordinario desarrollo de su Ciencia. El sabio thorbod, después de haber acumulado en su cerebro la sabiduría de dos o tres siglos de experiencias no se veía como el sabio terrícola ante el inminente riesgo de ver interrumpidas sus elucubraciones mentales por la inevitable llegada de la muerte.

Los científicos más eminentes, los grandes estrategas y los emperadores thorbod eran seres casi eternos. Cuando una de esas notoriedades envejecía, empezando a sentir fatiga y los achaques propios de su avanzada edad, los diabólicos cirujanos le preparaban un cuerpo joven y vigoroso al que previamente habían quitado el cerebro y trasladaban a este cuerpo el cerebro del cuerpo anciano.

Injertado, o por mejor decirlo “acoplado” al cuerpo del joven, el cerebro del personaje anciano se recobraba prontamente de su fatiga y alimentado por la nueva y vigorosa savia de su morada mortal se encontraba en condiciones de vivir otros doscientos o trescientos años hasta que, envejecido de nuevo, volvía a “trasladarse” al cráneo de un cuerpo joven.

La Bestia Gris, en algunas ocasiones, demostró que este cambio de cerebros podía efectuarse también en las personas humanas; o sea de la Humanidad de la Tierra.

Entre la Humanidad terrícola el cambio de cerebros no se había practicado jamás sino a título de experiencias y, en algunos casos excepcionales, por personas sin escrúpulos que con este acto se colocaron fuera de la Ley.

El cambio de un cerebro viejo al cuerpo de una persona joven era un delito monstruoso que repugnaba a la conciencia. Este cambio no sólo implicaba necesariamente el sacrificio de una persona joven, lo cual era considerado en la práctica como un asesinato. Era también una rebeldía a las leyes de la Creación, la cual había establecido rigurosamente las reglas por las que se regía la Vida y la Muerte en su Obra Universal.

Los nahumitas habían caído en este pecado. En realidad y como no eran cristianos, ni siquiera lo consideraban un pecado. El cambio de cerebros era lícito entre ellos. Así lo confesó el prisionero, ingenuamente sorprendido de la expresión de horror que se pintaba en los rostros de Miguel Ángel y del capitán Wantrous.

Así quedaba explicada la mención del nahumita a la Ley de la Selva. Matar para poder vivir. La anarquía más espantosa reinaba en aquellos planetas donde el fuerte ejercía su poder sobre el débil. Difícilmente se podía imaginar un mundo donde el hombre, al llegar a una avanzada edad y presentir próxima la hora de la muerte, buscaba con ojos de codicia el cuerpo joven de un semejante para arrebatárselo y alojarse en él.

—Esta gente se ha vuelto loca de remate —aseguró Wantrous.

Miguel Ángel miró severamente al prisionero.

—Naturalmente —dijo—. Vuestras periódicas visitas a este planeta no persiguen más objeto que hacer acopio de cuerpos jóvenes para trasladar a ellos vuestros cerebros.

El nahumita confesó que así era. No siempre era fácil encontrar cuerpos jóvenes a los cuales trasplantarse en Nahum. Atioquita venía a ser como un vivero de cuerpos vigorosos al cual venían de vez en cuando los nahumitas para secuestrar unos cuantos millones de indígenas y llevarlos a Nahum.

—La desvergüenza de estos tipos es inaudita —murmuró el capitán Wantrous—. Espero que nuestro autoplaneta “Valera” haya llegado allá y les esté ajustando las cuentas.

—Y nosotros se las ajustaremos aquí —contestó Miguel Ángel.

Relatando a continuación para Milvana todo lo que acababa de saber por boca del prisionero.

El asombro de Milvana no tuvo límites. Los atioqueños, dijo, siempre habían creído que los “girkas” se llevaban a sus jóvenes para hacerles sus esclavos.

En los tiempos más antiguos, los atioqueños creían a los “girkas” hijos del cielo y celebraban grandes fiestas en su honor cuando venían a su planeta, considerando que se les dispensaba una gracia divina al escoger entre sus jóvenes de ambos sexos a aquellos que habían de servirles de criados en el mundo donde moraban.

Posteriormente, los “girkas” perdieron mucho de su dignidad celestial y empezó a considerárseles como una calamidad irreparable. Nabistán, nación donde se desarrollaba un matriarcado milenario, fue por el carácter guerrero e independiente de sus amazonas el primer pueblo que se rebeló.

Durante mucho tiempo Nabistán luchó completamente solo contra los corsarios “girkas”. Las continuas derrotas de qué fueron

objeto agudizaron el ingenio de las amazonas. Ellas descubrieron la pólvora, el telescopio, la brújula y, posteriormente, la máquina de vapor y el motor de explosión.

Navegantes y conquistadoras, las amazonas extendieron sus dominios por todo el globo difundiendo a la vez que su dialecto, sus conocimientos y su irreverente desprecio hacia el “girka”.

Atioquita se contaminó del espíritu de rebeldía de las amazonas y los “girkas”, en cada nueva correría, encontraban por todas partes una mayor resistencia acompañada de medios defensivos más eficaces.

Claro que la defensa atioqueña se estrelló siempre contra la solidez de las armaduras de cristal y los impenetrables cascos de los buques aéreos “girkas”. Pero los atioqueños no se desanimaban y después de cada “razzia” de los corsarios se aplicaban con renovado esfuerzo a inventar nuevas y más eficaces armas.

Este noble esfuerzo empezó a dar sus mejores frutos en los últimos veinticinco años de Atioquita (cincuenta años de la Tierra). Aunque en los últimos siglos se progresó muy poco a poco, en realidad se habían asentado las bases de un enorme número de descubrimientos que luego empezaron a sucederse con rapidez.

El pueblo, desde luego, no pudo beneficiarse de nuestros adelantos —dijo Milvana—. Nuestra nación, como el resto del planeta, se ha dedicado por entero al esfuerzo de guerra descuidando todo lo demás.

Y Miguel Ángel Aznar, que ya desde un principio habíase sentido cautivado por la belleza de la joven reina, rindió a ésta el culto de su admiración. Un pueblo que lo sacrificaba todo para acopiar medios defensivos no merecía las crueles burlas que los terrícolas le habían prodigado mientras explotaban el país.

Como a bordo del “Omega” no podían hacer otra cosa sino dormir y charlar, Miguel Ángel tuvo ocasión de ir conociendo mejor a Milvana y al pueblo de las amazonas en las interminables conversaciones de aquellas cincuenta horas que duró el viaje.

Y cuanto más la trataba más prendado sentíase el almirante de las cualidades de la joven reina.

Mientras tanto ocurrió que el prisionero nahumita —se llamaba Deibo— supo que su aprehensor se apellidaba Aznar.

—¿No será casualmente pariente de aquel almirante Aznar que

peleó contra el Imperio de Nahum hace cuatro mil años? —preguntó.

—Hijo del mismo que peleó dos veces contra el Imperio de Nahum y lo derrotó en las dos ocasiones —contestó Miguel Ángel con orgullo.

El nahumita mostraba cierta incredulidad. ¿Cómo era posible que sin practicar el cambio de cuerpos viviera todavía el hijo del almirante Aznar?

Miguel Ángel tuvo que recordarle entonces que mientras en Nahum transcurrían dos mil años, su padre invirtió solamente cincuenta en realizar la travesía del espacio durante su viaje de regreso a la Tierra. Como la actividad de la vida era “frenada” al alcanzarse grandes velocidades, el almirante había podido realizar esta hazaña y emplear otros sesenta años para regresar a la galaxia thorbod después de haber vivido setenta y cinco años en la Tierra.

—¿De manera que el viejo almirante está aquí? —murmuró Deibo asintiendo a la explicación—. ¿Sabe él que su hija vive todavía en Nahum?

—¿Una hija de mi padre en Nahum? Usted debe estar equivocado. Mi padre no dejó atrás ninguna hija al emprender el regreso a la Tierra.

Pero el nahumita insistió. Sí, el almirante dejó una hija en Nahum, aunque era posible que él mismo lo ignorara. ¿No estuvo casado el almirante con la princesa Ambar en Nahum?

Miguel Ángel asintió. En efecto, su padre se enamoró de la hija del Emperador Tass, la cual había caído prisionera de los terrícolas. Cuando sobrevino la estrepitosa derrota del Imperio de Nahum y el autoplaneta zarpó en busca de los planetas thorbod, el almirante llevó consigo a la Princesa y se casó con ella.

—Pero se separaron nada más llegar aquí —advirtió Miguel Ángel, que conocía muy bien la historia—. Mi padre la puso en un acorazado sideral con una tripulación nahumita y ella regresó a Nahum. Por cierto, que al volver a Nahum rehabilitó el odioso Imperio de su padre. Cuando el almirante regresó a Nahum poco después tuvo que luchar de nuevo contra el Imperio Nahumita. Ella, la Princesa Ambar, murió al ser desintegrada la atmósfera del planeta.

—Todo es como usted dice, excepto en un punto —dijo Deibo—.

Al regresar a Nahum la Princesa traía una niña que nació durante el viaje de regreso. Era hija suya y del Almirante Aznar.

—¡Imposible! —exclamó Miguel Ángel—. Jamás tuvimos noticias de la existencia de esa niña.

—Porque la Princesa lo ocultó. Temía que el almirante quisiera apoderarse de su hija. Así, cuando el Imperio estaba a punto de derrumbarse por segunda vez y era inminente que no podría salvarse nada, la princesa, entonces Emperadora de Nahum, preparó la fuga de su hija y de los preceptores encargados de su educación. El almirante regresó a la Tierra y las repúblicas de Nahum organizaron una expedición para venir aquí y aniquilar a la Bestia. Los planetas nahumitas quedaron casi completamente desguarnecidos y durante la ausencia de la Armada Sideral Combinada se restableció por tercera vez el Imperio.

—¿Quiere decir que el Imperio de Nahum… existe todavía? —balbuceó Miguel Ángel sin poder dar crédito a lo que oía.

Deibo asintió:

—Sí, y ahora más fuerte que nunca. Su hermana de usted. Ambar de Nahum, sigue siendo la Emperadora. Ahora nuestro Imperio se titula Imperio Milenario.

—¡Eso es absurdo! —exclamó el joven—. ¿Cómo podría sobrevivir después de…?

Se interrumpió. Acababa de comprender cómo pudo sobrevivir la hija de Ambar a los cuatro mil años transcurridos. Practicando al cambio de su cerebro de un cuerpo a otro; así era como seguía viviendo en Nahum una hermana suya.

La noticia no le produjo ninguna alegría. Todo lo contrario, le trastornó profundamente. De la catadura moral de aquella hermana suya podía formarse una idea considerando que, durante miles de años, había burlado las leyes de la Creación trasladando su cerebro de un cuerpo a otro.

Era bochornoso. ¡Una Aznar Emperadora de Nahum! ¿Qué diría el viejo Almirante Mayor al tener noticias del monstruoso ser que había engendrado?

A partir de aquel momento el viaje empezó a hacérsele interminable. Por fortuna estaban llegando ya. Unas horas después los autoplanetas terrícolas podían distinguirse a simple vista. Miguel Ángel se olvidó de la terrible impresión para seguir atentamente las

reacciones del bello rostro de Milvana.

A medida que el “Omega” se aproximaba a los autoplanetas y éstos crecían de tamaño, los ojos de la reina se agrandaban también por efectos del asombro.

—Nunca imaginé que sus autoplanetas fueran tan grandes —aseguró.

—Son de los más grandes de nuestra Flota; quince kilómetros de diámetro por tres de altura —especificó Wantrous con orgullo.

El “Omega”, que ya llevaba mucho tiempo en comunicación por radio con su autoplaneta-base, se acercó al férreo costado del “Santa Fe”. El diminuto aparato entró en un ancho tubo y una compuerta se cerró tras él.

Mientras esperaban dentro de la “esclusa”, Wantrous polarizó los cristales de la cabina dándoles toda la límpida transparencia de que eran capaces. El aparato avanzó a lo largo del gigantesco tubo y se detuvo, permaneciendo un instante envuelto en una fantástica luz roja.

—Están inyectando aire en este túnel —explicó Miguel Ángel a las amazonas—. Prepárense a abrir bien los ojos.

Pero la realidad era que las amazonas ya no podían abrir más sus desorbitados ojos. Pálidas, jadeantes, esperaban el momento de que se abrieran las puertas de la fabulosa ciudad volante. De pronto…

Brilló una potente luz verde. Allá enfrente se encendió un puntito de luz blanca que en seguida empezó a ensancharse como una monstruosa pupila. Y la ciudad-concha apareció resplandeciente y ruidosa a los estupefactos ojos de las amazonas.

El “Omega” salió de la esclusa deteniéndose en una enorme explanada donde se veían perfectamente alineados varios cruceros siderales de la Armada.

Lanzando roncas exclamaciones de sorpresa, las dos mujeres se restregaron los ojos. Allí, ante ellas, estaba la urbe de ensueño con sus esbeltos rascacielos de doscientos pisos. Caprichosos, artísticamente diseminados, se combinaban los edificios más altos con los más bajos, las agudas torres de la catedral y los pináculos de las iglesias, las plataformas-terraza y los toboganes de los ascensores-cohete, los atrevidos y frágiles puentes con las antenas de las estaciones de televisión.

Acero, plástico y cristal. Con estos tres elementos los arquitectos e ingenieros terrícolas, habían creado la ciudad más hermosa que Milvana II, Reina de las Amazonas, viera ni soñara en ver jamás. Todo resplandecía, todo chisporroteaba. Un rumor de colmena surgía de la urbe en contraste con el silencio solemne del vacío interestelar a que se habían acostumbrado sus oídos.

Torpemente, como temiendo pisar el suelo y ver desvanecerse todo en un sueño, las dos amazonas desembarcaron. Los hombres y las mujeres que se movían por allí las contemplaban con curiosidad.

Miguel Ángel Aznar hizo entrega del prisionero nahumita y pasó a ocupar un automóvil eléctrico con las dos mujeres. Wantrous se despidió y al estrechar la mano de Amatifu, la amazona ayudante de Su Majestad Milvana II, expresó su esperanza de que cenaran juntos "cualquier noche de aquellas".

Amatifu y Wantrous habían simpatizado mucho durante el viaje.

Miguel Ángel hizo sentar a la reina junto a él y empuñó el volante encaminándose hacia el centro de la ciudad. De toda intención, al penetrar en el casco urbano de Santa Fe, rodó lentamente el automóvil para que las amazonas tuvieran ocasión de ver por sus propios ojos el ambiente de la ciudad.

Amplísimas avenidas, todas de más de diez kilómetros de longitud, se cruzaban a distancias regulares formando cuadras geométricas. Invariablemente, en cada cruce, se levantaba un monumento, una estatua o una artística fuente que arrojaba a enorme altura sus gorgoteantes surtidores de agua.

Allí estaban también las estaciones subterráneas del "metro" de cuyas bocas salían de tres en tres minutos verdaderos torrentes humanos.

Automóviles eléctricos pintados de brillantes colores, autocares y camionetas se deslizaban en veloz y silenciosa riada por las anchas calles de pavimento de acero, se detenían obedientes a las luces de tráfico y reanudaban su camino.

Todos los pasos para peatones eran subterráneos o aéreos.

Las gentes que deambulaban por las amplias aceras lo hacían sin prisas, sosegadamente. Vestían de modos muy diversos con telas que recorrían todas las gradaciones del arco iris, y la inmensa mayoría iba provista de objetos de deporte; raquetas de tenis, bastones de pelota base, palos de golf, guantes de boxeo, patines…

Mientras rodaban por la interminable avenida sonó una sirena. La gente apresuró el paso y fue a guarecerse en los portales.

Las amazonas, recordando sin duda las sirenas que en Olano advertían de algún peligro, dieron muestra de alarma.

—¡Oh, no se asusten! —dijo Miguel Ángel riendo—. La sirena indica que son las doce del día y va a llover.

—¿Llover… aquí? —murmuró sacando la cabeza por la ventanilla para mirar al cielo—. No veo nubes.

Sin embargo empezó a llover. Torrencialmente.

—Lo hacemos dos veces al día, a las doce del día y a las doce de la noche —explicó Miguel Ángel—. La lluvia purifica la atmósfera, refresca el ambiente y limpia las calles y las terrazas. No es lluvia natural, ya pueden figurárselo. El agua sale de una red de cañerías que corre por el techo.

Miguel Ángel miró a Milvana. La soberana de las amazonas había emprendido el viaje con las mismas ropas destrozadas que llevaba al ser rescatada de entre los escombros de su fortaleza.

—No están ustedes muy presentables con esas ropas —dijo el almirante—. Como no hay verdadera prisa vamos a entrar en un almacén para que se provean de vestidos.

Y en efecto, Miguel Ángel aparcó el automóvil en una plaza. Luego de andar un buen trecho llegaron a un edificio inmenso, lleno de gente que entraba y salía incesantemente. Allí, las amazonas presenciaron el espectáculo que había de sorprenderlas más que todo cuando verían en la ciudad-concha de los terrícolas.

La planta baja del inmenso edificio estaba enteramente consagrada a almacén de víveres. Los víveres de todas clases estaban en grandes hornacinas de cristal a la vista del público y un aparato los conducía hasta las manos del público.

La gente entraba, tomaba lo que quería, llenaba un cesto y se marchaba tranquilamente.

—¿No pagan por llevarse los víveres? —preguntó Milvana II.

—¿Pagar? —ahora era el terrícola el sorprendido. De pronto se echó a reír a carcajadas—. No, amigas mías. Aquí nadie paga nada. Todos pueden entrar, cargar y marcharse sin abonar un céntimo. Aquí no circula el dinero. No existe.

—Si eso fuera cierto —apuntó Amatifu— la gente entraría al saqueo y tomaría todo lo que pudiera dejando vacía la tienda en un

momento.

—¿Y por qué habían de hacerlo? —preguntó Miguel Ángel—. Al momento siguiente el almacén volvería a estar lleno.

—Lo vaciaría otra vez.

—Bueno, se volvería a llenar. Y si el público avariento seguía llevándose los artículos a carretadas, entonces llegaría momento en que el codicioso, con la casa abarrotada de víveres, se vería obligado a dormir en la calle. En la realidad eso no puede pasar, porque estando los almacenes bien surtidos a todas horas, día tras día y año tras año, a nadie se le ocurre llevarse más de lo que pueda necesitar.

Filosofía simplista y que sin embargo tardaría bastante tiempo en ser comprendida por la plebe atioqueña con su hambre arrastrada de siglos.

No muy convencidas, las amazonas fueron acompañadas por Miguel Ángel hasta un piso reservado exclusivamente para proveer de ropas a las mujeres terrícolas. Una muchacha que estaba a cargo de la sección para aconsejar y ayudar a las “Clientes”, se hizo cargo de las dos muchachas.

Al salir del vestuario, vestidas de pies a cabeza, la opinión de las amazonas respecto a la nación terrícola, había sufrido un profundo cambio.

Acababan de ver ropas confeccionadas en cantidad suficiente para vestir a todas las mujeres de Nabistán.

CAPÍTULO VIII

EN el amplio apartamento que ocupaba la familia Aznar, se esperaba con ansiedad a los viajeros. Miguel Ángel presentó su familia a la reina y luego todos se sentaron a almorzar.

Allí, mientras las mujeres conversaban por un lado, Miguel Ángel relató a su padre la aventura de Atioquita. Del mismo relato había hecho durante el viaje un informe que, entregado por Wantrous, debía estar siendo examinado por el Consejo.

Como el almirante mayor ya sabía de las magníficas condiciones de habitabilidad del planeta explorado, Miguel Ángel le relató sucintamente las observaciones efectuadas y pasó a hablar seguidamente de los nahumitas. Aquí, el joven sí que proporcionó una sorpresa a su padre al hablarle de la resurrección del Imperio de Nahum; ahora Imperio Milenario.

—Ese estúpido Imperio de Nahum tiene más vidas que los gatos —refunfuñó Miguel Ángel Aznar—. Dos veces lo aplasté con mi propia mano, y otras tantas ha vuelto a levantarse. Bien, supongo que “Valera” habrá llegado allí mientras estos “girkas” hacían el viaje, y lo habrá destrozado por tercera vez.

—No es muy seguro —apuntó Miguel Ángel—. Al parecer, el Imperio Milenario de Nahum es ahora más fuerte que nunca. Y nuestro bravo “Valera” no está equipado con los rayos de “luz sólida”, porque éstos todavía habíamos de tardar cuarenta años en descubrirlos cuando “Valera” zarpó de la Tierra.

—Indagaremos hasta qué punto es fuerte el Imperio nahumita. Si existieran razones para temer que “Valera” sea incapaz de destrozar al Imperio Milenario, entonces deberíamos mandar uno de nuestros autoplanetas al encuentro de “Valera” para dar a conocer a la Armada Expedicionaria nuestras nuevas armas de “luz sólida”.

Miguel Ángel aprobó esta idea, previendo ya la posibilidad de que le tocara en suerte ir al encuentro de “Valera” para reunirse con

la Armada Sideral Expedicionaria.

Hasta aquí, el joven se había abstenido de citar a la emperadora Ambar de Nahum. Pero ya de sobremesa y mientras las mujeres salían para enseñar a las amazonas el aparato de televisión y presenciar un programa, los hombres quedaron solos y Miguel Ángel soltó la noticia; la actual emperadora nahumita, era la hija de la princesa Ambar de Nahum, hija del almirante.

El almirante recibió la noticia con incredulidad. Luego arrugó el ceño y murmuró:

—¡Mi hija! ¿Será posible que tal monstruo de perversidad sea hija mía? ¡Dios bendito!

Y quedó anonadado.

Su cuñado, don José Luis Balmer, trató de quitar importancia al asunto. Si Ambar de Nahum había abandonado hacía cuatro mil años el cuerpo con el que nació a la vida, y si luego efectuó incesantes cambios de cuerpos para eternizar su existencia ¿qué quedaba en aquella criatura monstruosa de la hija del almirante? ¡Nada!

—De todas formas, yo di el ser a ese cerebro diabólico —aseguró el señor Aznar, el cual parecía haber envejecido súbitamente.

Y allí surgió una discusión acalorada, insistiendo el almirante en que Ambar tenía algo suyo, y negando su cuñado el parentesco que pudiera quedar entre ambos.

—Creo que debo ir personalmente a Nahum —acabó diciendo el señor Aznar.

Y fue a encerrarse en su despacho para rumiar a solas sus terribles dudas. Tan profundamente afectado resultó de la noticia que horas más tarde se excusó con una indisposición y no acudió a la reunión del Consejo.

Como su mismo nombre indicaba, el Consejo estaba formado por un grupo de personas que, ejerciendo las funciones de un gobierno y respaldados por los grupos a quienes representaban, tenían atribuciones para decidir cualquier asunto relacionado con la pequeña nación.

El Consejo acordó por unanimidad intervenir en Atioquita en defensa de los indígenas, destruir o apresar a la flota nahumita y parlamentar con la Sociedad de Naciones Atioqueña, a fin de fijar los términos de una alianza.

Como no había tiempo que perder si se quería salvar a los atioqueños de la destrucción y la captura, se acordó marchar inmediatamente sobre el planeta con toda la flota.

Cinco minutos después de firmarse el acta, los tres autoplanetas: “Orión”, “Ascrea” y “Santa Fe”, se ponían en marcha acelerando continuamente en dirección a Atioquita. Los mil trescientos cruceros de la menguada Armada Sideral exilada, recibieron orden de estar apercibidos para entrar en combate “en cualquier momento”. E igual orden recibió el pequeño aunque eficiente Ejército Autómata.

Mientras tanto, Milvana II y su ayudante la capitana Amatifu, eran reconocidas por las doctoras terrícolas y sometidas a un tratamiento especial que arrancaría de sus organismos la mortal radiactividad absorbida en ocasión de la explosión atómica del destructor “girka”.

A las pocas horas de encontrarse a bordo del autoplaneta “Santa Fe” y luego de haber descansado del viaje, Milvana II fue recibida oficialmente por el gobierno exiliado terrícola.

Fue un momento triunfal para la Reina de las Amazonas; un acto que no olvidaría jamás.

Esto fue que los terrícolas, que echaban de menos el bombo y el fausto de los prehistóricos desfiles reales, le prepararon a la Reina Milvana de Nabistán una recepción desproporcionada con la verdadera importancia de su Reino —considerada desde el punto de vista terrícola, se entiende.

Precedida de varios automóviles con sirena y ocupando un coche descubierto, Milvana II desfiló por las interminables avenidas de la ciudad-concha entre los aplausos del público, para ser recibida en la Residencia del Gobernador de la Plaza. La amazona, vistiendo ropas de mujer, presidiendo un banquete y escuchando discursos que no entendía muy bien, se sentía en aquel ambiente como un pez fuera de su líquido elemento.

En los dos días siguientes, la Reina no paró un solo momento. Visitó los museos y los monumentos, fue entrevistada ante las cámaras de televisión, asistió a la ópera y a competiciones deportivas, presenció en películas retrospectivas toda la historia de la nación terrícola a partir del remoto siglo XX y fue llevada a admirar el funcionamiento de máquinas maravillosas, entre éstas,

una que fabricaba alimentos a partir de la luz como principal materia prima.

Abrumada, aplastada materialmente bajo el peso de tantas, tan diversas y tan nuevas emociones, Milvana II se movía como un ebrio entre aquel mundo ruidoso fantásticamente complicado y absurdamente feliz.

Al cabo de tres días, Milvana aseguró que iba a ser víctima de un ataque de nervios.

—Ha vivido usted demasiado intensamente estos días —le dijo Miguel Ángel—. Será cuestión de que se tranquilice un poco apartándose del ruido y el ajetreo.

Y aquella noche, la última que Milvana pasaría en Santa Fe, el almirante la llevó a pasear en automóvil por las afueras de la ciudad.

Aunque pareciera absurdo hablar de “noche” en una ciudad iluminada por focos eléctricos, la noche se producía en los autoplanetas con regularidad cronométrica.

Los terrícolas, viajando a través del Cosmos y enormemente lejos de su patria, seguían conservando a bordo de los autoplanetas las mismas costumbres establecidas por las leyes que regían en su antiguo mundo. La noche no sólo era necesaria en este sentido. Se había demostrado científicamente que la noche era beneficiosa para la salud humana, aquel espacio de tiempo en que el cuerpo se recuperaba con mayor rapidez y eficacia de las fatigas del día.

Todos los “días”, a las ocho de la “tarde”, sobrevenía la “noche” en las ciudades concha de los autoplanetas.

Los potentes focos de “luz solar” del techo de la gigantesca caja metálica se apagaban completamente. Entonces se encendían los focos de las avenidas, las luces que indicaban las entradas y salidas del metro, y las ventanas de todos los rascacielos.

En el techo, a mil metros de altura sobre el pavimento de la ciudad, brillaban titilantes las estrellas. Eran estrellas artificiales, desde luego. Pero vistas a través de la atmósfera del recinto parecían completamente auténticas.

En este momento el habitante de la ciudad-concha tenía que hacer un poderoso esfuerzo para convencerse de que se encontraba a bordo de una máquina construida por el hombre, volando a velocidades astronómicas a través del Cosmos. La oscuridad, el

silencio de la ciudad dormida, los faroles de las calles y las ventanas iluminadas que se iban apagando una tras otra le hacían creer que era víctima de una pesadilla y no se había movido jamás de la sólida superficie de su planeta nativo.

Entonces, el ciudadano astronauta se ponía su pijama e iba a acostarse en el antepecho de una ventana. Invisibles y silenciosos ventiladores renovaban el aire de la ciudad. Soplaba una brisa fresca.

El ciudadano-astronauta bostezaba; estornudaba quizá, y frotándose los brazos, friolero, iba a meterse en la cama para dormir con sueño tranquilo y feliz.

Teniendo por fondo este paisaje de rascacielos que brillaban en la noche como tableros de damas, aquella “noche” salieron a pasear la Reina de las Amazonas con el almirante de la Armada Sideral Terrícola. Siendo la ficción tan realista, la joven soberana no tardó en tranquilizarse.

—Realmente —dijo cuando su acompañante detuvo el automóvil en las proximidades de un gigantesco estadio—. Hacéis tan bien las cosas que no sé en este momento si me encuentro en el espacio o en una de aquellas ciudades de la Tierra que he visto en vuestras películas.

—Digamos que es una combinación de las dos cosas —rió Miguel Ángel.

Hubo una larga pausa. Luego, ella preguntó si serían así las ciudades que en el futuro se levantarían en Atioquita.

—Las ciudades que construyan los atioqueños para su uso, probablemente, serán como ésta. El indígena, sediento de las novedades que ofrece la urbe, se apiñará en pequeños espacios como ocurría en nuestras generaciones más antiguas. Luego el hombre siente la llamada de la naturaleza y cansado del bullicio y la estrechez de las ciudades, regresa al campo de donde se escapó. Las ciudades que construyan los terrestres no serán como ésta. El terrestre está harto de vivir en apartamentos como cajas de zapatos, entre escaleras y muros de rascacielos. Cuando levante su nueva casa lo hará en un paraje solitario, rodeado de árboles y de montañas de flores y de sol. Una casa así es como yo la sueño para mí.

—¿Para vivir con su mujer?

—Sí, para vivir con mi mujer.

Se produjo otra nueva pausa. Ella murmuró:

—Nuestras costumbres son distintas a las de ustedes.

—Ya lo sé —contestó Miguel Ángel dolorido—. Su mundo es un gigantesco matriarcado. Entre ustedes, quien manda es la mujer. El hombre no tiene derecho a opinar, que viene a ser lo mismo que les ocurría a nuestras mujeres de la Edad Antigua.

—¿Cree que esa diferencia de costumbres dificultará las buenas relaciones entre los atioqueños y ustedes, Miguel Ángel?

—Espero que con el tiempo, los derechos se distribuyan equitativamente entre el hombre y la mujer atioqueños, como ocurre en nuestra sociedad. Así como nuestra mujer se emancipó e igualó sus derechos con los hombres, confío en que nuestro ejemplo cunda entre ustedes y se le dé al hombre la igualdad de derechos y oportunidades que ahora tiene la mujer atioqueña.

—¿Y si no fuera así?

—Tiene que ser así, por fuerza. De lo contrario nuestras dos razas no podrían fundirse en una sola. Ningún terrícola se casaría con una muchacha tiránica e intransigente. Aunque, claro, los varones de Atioquita se sentirán encantados con nuestras costumbres y saldrán en defensa de sus fueros. Ustedes, las amazonas, no tendrán más remedio que ceder o quedarse solteras. Porque supongo que también ustedes se enamorarán alguna vez ¿no es cierto?

El terrícola clavó sus ojos en el rostro de la amazona, la cual dio muestras de visible turbación.

—Sí… claro —murmuró.

A Miguel Ángel el tema le pareció de pronto muy interesante.

—¿Cómo siente una amazona cuando se enamora de un guapo atioqueño? —preguntó—, ¿se siente protectora… o le gusta sentirse protegida?

—Creo que se siente un poco… maternal —contestó ella sonriendo. Y añadió—: La culpa debe ser de nuestros hombres. Ellos no son como ustedes fuertes, arrogantes, inteligentes y… autoritarios. Claro que es posible que tengamos nosotras parte de la culpa si son así. Desde muy antiguo se les considera poco inteligentes… bastante estúpidos en general. Ellos no tienen opción a escoger entre nosotras, sino que somos nosotras quien les

tomamos como marido cuando nos gustan o, simplemente cuando les necesitamos para asegurar nuestra descendencia. Acostumbrado a realizar los trabajos más bajos y groseros, a cuidar de nuestras casas, de nuestros hijos y de nuestros campos, el varón atioqueño es rudo e ignorante y se ha encontrado siempre en notoria inferioridad intelectual frente a las mujeres. Debe ser por eso que la mujer atioqueña se siente maternal con su marido. Eso no ocurriría si el atioqueño fuera más inteligente que las mujeres. Pero, claro. Para que gane en inteligencia, debe tener la oportunidad de instruirse, y nosotros no se la damos… ni él la pide.

Ahora fue el terrícola quien guardó largo, reflexivo silencio.

—Milvana —dijo de pronto—. Debo confesarle una cosa. Estoy enamorado de usted.

Ella se volvió a mirarle con asombro, con alegría e incredulidad a la vez.

—Se… se está burlando de mí, Miguel Ángel —balbuceó.

El terrícola negó lentamente con la cabeza.

—No ¡qué ocurrencia! ¿Por qué había de burlarme? Es usted muy bella, enloquecedoramente hermosa, y yo… bueno. No creo que un hombre tenga que dar razones del porqué de su amor. Estas cosas son así. Uno se enamora… y… en paz.

—Pero yo… ¡soy una salvaje comparada a usted, Miguel Ángel! —exclamó la muchacha con ansiedad—. Una ignorante… una tosca reina de un mundo que vive diez mil años atrasado respecto a su brillante civilización.

Él le cogió una de sus manos. Aquella mano, fría y temblorosa, apretó la suya casi con desesperación. Y en las grises pupilas de la reina, Miguel Ángel leyó el temor, la ansiedad y el amor.

—Milvana —murmuró—. Mi civilización andará quizá diez mil años por delante de la suya, pero el amor… el amor es eterno e inconmovible como el mismo cimiento de la vida. Yo siento positivamente igual que sentían mis lejanos abuelos al confesar su amor a la mujer querida, y usted, si me amara…

—¡Oh, pero si yo te amo! —exclamó ella arrojándose impetuosamente entre los brazos masculinos.

Y Miguel Ángel Aznar la besó con el mismo ardor y entusiasmo que sus más antiguos tatarabuelos besaron por primera vez a la virgen fragante y hermosa que deseaban tomar por esposa.

* * *

Cinco días más tarde, el primer contingente de exiliados terrícolas desembarcaba en el planeta atioquita. La esperada batalla con los nahumitas no llegó a realizarse porque los cobardes “girka”, después de haber visto cómo una navecilla ridículamente pequeña aniquilaba a toda una escuadrilla de cincuenta destructores siderales, se apresuraron a poner pies en polvorosa al saber que había tres grandes autoplanetas desconocidos volando en dirección a Atioquita.

El primer desembarco tuvo lugar precisamente en la misma extensa meseta donde el almirante Aznar y el capitán Wantrous, fueron a aterrizar en su primera visita al nuevo mundo. Y para presenciar el desembarco de los forasteros, debidamente autorizados por Milvana II, reina de Nabistán. Acudió a la meseta una muchedumbre de nabisteños que habían estado ocultos en las montañas próximas.

Por encima de la meseta, a unos treinta mil metros de altura, flotaba un gigantesco disco gris desde el cual bajaban grandes plataformas cargadas de montañas de cajas.

También bajaban de allá unos extraños aparatos de forma alargada que, zumbando, se posaban en tierra firme y descargaban de una sola vez dos o tres centenares de personas.

Estas personas, que hablaban un idioma extraño, sonoro y armonioso vestían ropas estrafalarias de abigarrado color y no se conducían como gentes normales.

Nada más saltar de sus poco tranquilizadores buques, los forasteros se echaban de rodillas al suelo y besaban la tierra entre grandes extremos de alegría. Algunos se la comían a puñados. Muchos lloraban alzando las manos al cielo. Los más locos brincaban y daban zapatetas en el aire.

Los nabisteños los contemplaban muy divertidos y se reían de sus disparates.

También miraban los nabisteños llenos de curiosidad las mil cosas raras que los extranjeros estaban echando a tierra. Traían la mar de juguetes preciosos metidos en cajas de cristal.

Un grupo de amazonas robó de un montón una caja transparente que tenía dentro un bonito automóvil. No era como los automóviles

del país, sino de formas más redondeadas, extraordinariamente bellas y elegantes. Parecía un vagón de ferrocarril por sus muchas ventanas, pero era un automóvil.

Las amazonas se llevaron la caja lejos. Probaron a abrirla, y como eran por temperamento impacientes acabaron por descerrajarle un tiro en la tapa.

Y entonces ocurrió la cosa más extraña e increíble.

El automóvil de juguete empezó a echar una luz azul muy intensa y se hinchó por todos lados como un monstruo mientras las amazonas echaban a correr. Corrieron un trecho que les pareció respetable y se volvieron.

¡Cosa increíble! Aquel automóvil de juguete se había transformado en un mastodonte capaz de cargar con sesenta o noventa personas. Había salido de la caja, todos lo vieron. Mas ¿cómo pudieron meterlo allí los forasteros?

Los nabisteños más viejos se mojaban la oreja y decían que aquello era cosa de brujería. Los jóvenes, que no creían en aquellas tonterías, se reían. Las nabisteñas más sabias, que habían venido a ver cómo desembarcaban los forasteros, escuchaban explicaciones la mar de complicadas y asentían. Asentían, aunque no comprendían nada.

Los indígenas empezaron a respetar a los extranjeros. No estaban tan locos, después de todo. Al contrario, eran unos tipos muy sagaces. Haciendo uso de su extraordinario poder habían metido en cajas de cristal millares y millares de máquinas que, al ser sacadas de las cajitas, empezaban a chisporrotear y recobraban su tamaño natural.

Naturalmente, de aquella forma los extranjeros podían llevar en muy poco espacio máquinas gigantescas.

¡Y que máquinas!

Los ingenieros nabisteños decían que eran “de otro mundo”. Los profanos las contemplaban por el simple gusto de verlas trabajar. La mayoría de estas máquinas parecían poseer un cerebro propio. Realizaban tareas múltiples, y las ejecutaban con una rapidez y maestría maravillosas.

En Atioquita, desde que el mundo era mundo nunca se había visto cosa igual.

Y mientras tanto seguían llegando forasteros. Saltaban al suelo,

se echaban a tierra y se la comían a besos. Pero los atioqueños ya no se burlaban de ellos. Reflexionaban que, puesto que los extranjeros besaban su tierra nada más bajar del cielo, era porque la amaban hasta el extremo de verter lágrimas sobre ella.

Una gente que se comportaba de esta forma no podía ser mala ni desear nada malo para la misma tierra que los indígenas amaban hasta derramar sangre sobre ella. Quizá los forasteros estuvieran también dispuestos a derramar su sangre sobre la tierra que les acogía generosa.

Y los atioqueños acertaban.

F I N

Notas

[1] Véase: "¡Luz sólida!", publicada en esta colección. < <